

# ENSAYO

SOBRE LOS

## RESULTADOS MORALES

DE LA

### CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA;

POR

Juan Vicente Flores.



**HABANA.**

IMPRENTA Y PAPELERÍA "LA UNIVERSAL,"

DE RUIZ Y HERMANO.

Calle de San Ignacio, núm. 15.

1889.



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia





*Luego verás ejercitar mi pluma  
Por la infinita innumerable suma  
De tus virtudes y famosas obras;  
Antes que me consuma,  
Faltando á ti, que á todo el mundo sobras.*

GARCILASO, Égloga primera, estancia II.

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



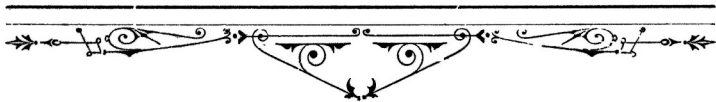


*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

PROEMIO.

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia





Guizot discurre así:

«Hay otro gran pueblo de quien, á la verdad, ha-  
»blo por atención, por respeto á su nobleza é infor-  
»tunios; más bien que *por necesidad*. Aludo á Espa-  
»ña. No han faltado á esta nación grandes hombres  
»ni grandes acontecimientos: á veces la inteligencia  
»y sociedad humanas alcanzaron allí todo su es-  
»plendor; pero estos efectos son tan sólo hechos  
»aislados, es decir, esparcidos acá y allá en la his-  
»toria nacional como palmeras en el desierto. El  
»progreso, mejor dicho, el carácter fundamental de  
»la civilización, á saber, el progreso general y con-  
»tinuo, parece ser cosa negada en España, tanto al  
»humano espíritu como á la sociedad.» (*Histoire de*



## VIII

*la civilisation en France depuis la chute de l'empire romain*, t. I, p. 15). (1)

Sin abrigar, ni por sombra, la presunción de conceptuarnos capaces para corregir la plana, cosa verdaderamente difícil, al afamado historiador francés, ante cuya elevada inteligencia somos el más imperceptible de los átomos, hemos de dar principio á este prólogo por una objeción, de donde tomaremos pie para rematarle de manera más ó menos cumplida. Héla, pues, aquí:

Tan *necesario* es hacer mención especial de aquel gran pueblo, cuando se trata de la moderna civilización europea, como lo es, en el propio caso, mencionar al italiano, al alemán, al francés y al inglés. ¿Porqué? Pues por lo mismo que Guizot le adjudica el apropiado calificativo de *grande*; que, sin poner mientes en el progreso general y continuo, algo hay también por cierto inherente y esencial á esa resultante del progreso, la civilización. Componen ese algo, la nobleza de los sentimientos, la pureza de las costumbres, en suma, las virtudes ingénitas y adquiridas, y el incorruptible, levantado espíritu de un pueblo. Éste puede ser grande, bien por el desenvolvimiento de su *condición exte-*

(1) No encontramos fuera de propósito contraponer al juicio del Sr. Guizot la opinión de un hombre no menos eminente.. Francisco Renato de Chateaubriand, el ingenio más insigne de su tiempo, escribe tocante al país español como se verá en seguida:

España, separada de las otras naciones, ofrece al historiador un carácter aún más original: la especie de estancamiento de las costumbres en que descansa, le será quizás útil un día; y cuando la corrupción gaste los pueblos europeos, ella sola podrá volver á presentarse con brillo en la escena del mundo, puesto que el fondo de las costumbres es el mismo.» (*Genio del Cristianismo*, parte 3ª, libro III, capº V.)





*rior y general*, bien por la prestancia de su modo de ser intrínseco y personal; ahora por su poderío, ahora por su carácter ó corazón; resultando, empero, haber en el segundo requisito suficiencia sobrada para suplir al primero, sin haberla en el primero para suplir al segundo. Nada de cuanto concurre á integrar la grandeza de un pueblo, debe ser indiferente para ningún historiador, ni menos incompatible con el progreso y la civilización; y España está, en virtud de la suya, muy habilitada para figurar honorariamente, ó sea por modo de ornamento, como en la ilustre Academia Francesa Fernando de Lesseps, á la misma sublime altura de las más engrandecidas naciones del orbe, respetada y glorificada de mancomún por todas ellas.

Fuera de lo dicho, incluye injusticia grande pensar que pueda ser negado para el progreso nada menos que un pueblo tan inteligente y activo de suyo como el español. Al contrario, es acertado y justo decir que vive, ó hablando con toda exactitud, que vivió, sumido en un atraso y postración notables en pueblo tal como él, cuyo genio y actividad, pujantes con extremo, dejan descubrir palmariamente que no hay senda erial ó expedita por donde no le llamen de consuno el progreso y el destino. Sería, sin embargo, escribir ó hablar á tontas y á locas si, aludiendo á ese atraso y á esa postración, no se fijara la vista en sus causas eficientes, fáciles de advertir á la luz de la filosofía. Desdeñar este punto de partida, equivale á seguir un rumbo in-



conducente á la razón fundamental de los acontecimientos que abatieron la preponderancia de aquél país, y engendraron en él un orden de cosas singularizado por su condición estacionaria, lo cual causó, de resurtida, el adormecimiento prolongado de la inventiva de los españoles, dando márgen para que se haya tenido por defecto más ó menos substancial de la grey, lo que sólo ha debido ser considerado como accidente pertinaz, pero temporáneo de por sí. Las adversas consecuencias ocasionadas por esos acontecimientos fueron, con todo, impotentes para dilatar su acción más allá del modo de ser social y exterior del pueblo hispano, y por consiguiente, dejáronle intacta su virtualidad para engrandecerse de nuevo, intacta su aptitud para el progreso general y continuo, é intactos los grandes rasgos, las copiosas cualidades inherentes á su magnánimo carácter, en virtud de las cuales nunca le fué negado realizar en conveniencia de la civilización, si bien desde un punto de vista distinto, esfuerzos en cuantía y eficacia parejos á los verificados por los más sobrepujantes. Siempre fué misión providencial del pueblo español, práctico, cual ninguno, en la desgracia, salvar los destinos de los otros pueblos y ofrecer á éstos últimos ignorados é inagotables veneros de prosperidad, merced á eso que los rigores de la contraria suerte no han podido menos de respetar en él, y por donde, sin haber de acogerse jamás al favor ajeno, se hizo, en todos los casos, superior á sus infortunios, recobran-



do cual si dijésemos el dominio sobre sí mismo, y renaciendo de sus adversidades como de los residuos pulverulentos de su propia combustión el ave Fénix fabulosa.

España, por las causas antedichas, ha permanecido, pues, poco menos que inerrante, á la zaga de las naciones prepotentes, como la última de todas, cuando se ha tratado de marchar con planta segura, revistiendo las manifestaciones sucesivas del progreso, hacia ese inexplorado más allá, constitutivo de la meta, cada vez más remota é intangible, á donde las sociedades laboriosas enderezan sin pausa sus nada estériles conatos; pero no bien ha sido urgente ó indeclinable, para el buen suceso de la marcha, por ejemplo, abrigar á la Europa cristiana de las horrorosas invasiones de los infieles, oponiendo, por occidente, valladar insuperable al avance de las huestes sarracenas, y librando, por oriente, batallas decisivas contra el turco en los gloriosos terrenos de Viena y Buda y en las clásicas aguas de Lepanto; España entónces ha sabido adelantarse á las otras naciones, marchando á su vanguardia como la primera de todas, como la sola potencia, como el único brazo fuerte, de quien, por lo menos en gran parte, la conjuración del común peligro dependía; y cuando esas mismas naciones, tan encumbradas al presente por haber logrado arribar con éxito á la plenitud del poder y al apogeo de la fortuna, inclinaban amedrentadas la hoy soberbia frente, radiante de majestad, en homenaje



forzosísimo del corso armipotente cuyo caballo ni afanzaba sus herraduras ni piafaba más que sobre los derechos y destinos de todo un continente sojuzgado, España, con asombro del Conquistador, sorprendido de ver que había pueblo en Europa capacitado para frustrar los planes gigantescos forjados por su genio colosal, España irguió la suya en medio del terror y humillación universales (1), pronta, como lo hizo, á medir su valentía y heroísmo con las legiones veteranas del Imperio, proporcionando á Europa la sola coyuntura que se le ofreció para surgir del caos napoleónico, esclarecido por las conflagraciones de combates pareables con los choques perilustres de las Navas, Calatañazor y Covadonga, y restituirse finalmente á los dos estados venturosos que más se apropian á la promoción y dilatación de los humanos adelantamientos: el estado de independencia y el estado de libertad.

No quiso Guizot, á todas luces, graduar la importancia y trascendencia de tamaños acaecimientos españoles, siendo de creer que, donde hubiera pensado de otra suerte, se habría servido nombrar á ese pueblo indomable sin el aire de absoluta conmiseración con que lo hizo por caridad supervacánea. Ni se diga, como huyendo de reputarlos por exclusivamente característicos de la misma, ó al menos para reducir á límites comunes sus excepcionales proporciones, que cualquier otra nación

(1) «Al menos la guerra de la independencia española ha probado que este pueblo era bastante enérgico para sustraerse al yugo extranjero.» (CHA-TEAUBRIAND, *Ensayo sobre las Revoluciones*, t. 2, cap. LIV, última nota a).



habría podido prestar á la cultura y mancomunidad europeas los servicios inmensos á que acabamos de hacer referencia, pues no son éstos, aunque consiguientes á determinadas circunstancias ocasionales, sino simples manifestaciones ó consecuencias lógicas de algunas de las peregrinas cualidades por donde la nación ó raza española se distingue psicológicamente de las otras razas ó naciones europeas, de tal modo que sus esfuerzos, actos y obras no pueden menos de ser forzosamente distintos de los esfuerzos, actos y obras de las demás agrupaciones humanas. De nuestro aserto da particular testimonio la civilización del vasto mundo por ella descubierto; hecho doble, digámoslo de paso, que figura en el haber de aquella gente, como especial beneficio, superior, inestimable, á la universal cultura dispensado.

Cualquier nación descubre y civiliza un mundo, se nos objetará. Sí, convenimos de antemano en que no es cosa imposible descubrirle y civilizarle, dado que le hubiese; y si alguna diferencia hubiera de caber en ello, ésta se fundaría tan sólo en los medios porque cada una, llegado el caso, creyese prudente y cómodo realizar la empresa, los cuales podrían ser más ó menos expeditos ó aventurados; pero aquello para lo cual sí está incapacitada cualquier nación, absolutamente cualquiera—escribimos fija la vista en las revelaciones nada equívocas de la observación y la experiencia,—es para competir con España en acarrear gérmenes de perfecciones



morales tan espontáneos y exuberantes como éstos con que fecunda ella las regiones que descubre (porque, sea cual fuere la causa determinante, lo cierto es que sólo España puede hacer profesión de haber poseído y poseer dominios coloniales no descubiertos ni conquistados por otros). Las demás naciones sólo atienden á propagar el espíritu práctico, palpitante sobre todo en los órdenes político, jurídico y económico de la vida social, lo que, con deficiente ó cumplido suceso, siempre logran hacer efectivo; y así, con mucho contentamiento de cuantos se gozan en alabar ó vituperar no teniendo conciencia refleja de lo que dicen, así palían sin sentir ó suplen, la privación de aptitud para difundir el espíritu moral, que, ahora poco, ahora bastante, como cosa tenida por secundaria, no prepondera en el ánimo de las razas á que respectivamente pertenecen todas ellas.

En cambio, España, por este lado, es única, ó para decirlo mejor, es el prototipo; y de los citados gérmenes nace después un orden ó modo de ser moral tan digno y tan profundamente humano, que pone á las regiones donde aquéllos se desarrollaron, en condición de llevar ventajas incalculables sobre las regiones extranjeras, y presenta virtualmente á España como la primera entre las naciones colonizadoras, por lo menos á los ojos de los hombres competentes, con arreglo al instinto, á la estética y á la psicología, para explorarla, juzgarla y admirarla desde tan sublime punto de vista, pree-



minencia exclusiva de cuantos tenemos el inefable orgullo de pertenecer naturalmente á pueblos libres y dignos á la par; porque ya en el orden político, ya en el jurídico, ya en el sensorio, la libertad sin la dignidad es como metal sin temple, flor sin fragancia, materia sin espíritu. Aquella consideración, ó más bien convencimiento íntimo, fué, sin que pudiera ser otra cosa, el móvil que nos indujo á componer la obra de la cual damos hoy á luz una parte, que debiéramos sobrenombrar con estas palabras: *justicia distributiva*. En esa obra tratamos, como nos ha dado Dios á entender, pero concienzudamente, DE LA DIFERENCIA ESENCIAL HABIDA ENTRE LOS NATURALES DE LOS PAÍSES HISPANO-AMERICANOS, Y LOS NATIVOS DE LAS OTRAS REGIONES DE AMÉRICA, pues en tal diferencia es que consisten los *resultados morales*, pero muy ostensibles, *de la civilización española en el Mundo Nuevo*, cuyo dominio está desparejamente repartido entre tantas como tres, siendo la primera esa región nombrada, que comprende las siguientes porciones, á saber: la más considerable y la más pequeña de las cuatro grandes Antillas; la parte oriental y precipua de la isla de Santo Domingo; la del continente septentrional bañada por las aguas occiduas del seno mejicano; y más de la mitad del otro continente, con la región conocida por América Central. La segunda es, á un tiempo, yankee, inglesa, brasileña, holandesa, sueca y danesa: es yankee, porque abarca todo el sur del norte de Amé-



rica ocupado por aquella república; inglesa, con relación al extenso espacio restante, á dos posesiones, también continentales (enclavada la una entre Méjico y Guatemala, y la otra entre Venezuela y la Guayana Holandesa), y al mayor número de las islas del archipiélago antillano, poseído, el todo, por la nación britana; brasileña, tocante al dilatado territorio que sirve de asiento al imperio del mismo nombre, y de tal modo situado á la parte oriental de la tierra firme suramericana, que no interrumpe la unidad del inmenso territorio conquistado y civilizado por España; holandesa, con respecto á las dependencias de aquel reino, que son: seis islas y una de las Guayanas, situada entre la Inglesa y la Francesa; sueca, relativamente al único dominio que tiene Suecia en el mundo de Colón, la isla de San Bartolomé; y danesa, en cuanto á las tres ínsulas pertenecientes á Dinamarca, de las cuales la mayor hubo de ser antaño el emporio de las Américas. La tercera es francesa, y á fuer de tal, campea en lo que posee y poseyó Francia en estas latitudes: cinco posesiones insulares; una continental, que media entre la Guayana Holandesa y el linde septentrional del Brasil; y el occidente, ó sea lo que se nombró *parte francesa*, de la isla de Santo Domingo, esto es, la hoy república de *Haití*, donde los franceses tuvieron con sus esclavos, entre los que sobresalió *Toussaint Louverture*, á quien algunos, por el necio prurito de innovar, llaman *Santos*, aquella guerra espantosa y única en su género, de-





nominada universal é injustamente (con el nombre de toda la isla) *Guerra de Santo Domingo*.

Ahora bien, la última es, lo cual parece paradoja, una civilización indefinida, ó de otro modo, neutra; la segunda es la civilización del sentido común, y la primera la civilización del sentido moral.

¡Pluguiese á Dios que andase con nosotros nada mezquino aquello de lo cual hemos menester con grande urgencia para dar al trabajo nuestro cima: el favor público de la tierra española donde hubimos de acometerle y donde trazamos las presentes líneas destinadas á servirle de modesta prefación!



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia





---

---

# PRIMERA PARTE.

---

## REFUTACIONES.

---

---

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia





Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

# CAPÍTULO I.

---

## ANVERSO.

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



## I.

### UNA PREGUNTA.

Cuasi no pasa día sin que se oiga preguntar qué ha hecho España en América, viéndose, á la clara, por la manera enfática de hacer la pregunta, el intento de afirmar que sólo monstruoso complejo de horrores y desaciertos acredita, que sólo inconmensurable reguero de sangre marca, el tardío tránsito de los españoles por el suelo americano. Y quienes de tal modo interrogan no son extranjeros, propiamente dicho, ni tampoco ignorantes, nó; son los mismos que no podrían renegar de aquella nación, sin renegar de su propia personalidad y hasta de su propia existencia; son los mismos que, con sólo pedir informes á su corazón ó á su cabeza, explorándole ó explorándola, y detrayendo la mente de la espantosa realidad de ciertos hechos, ya sin novedad ni eficacia, de puro manoseados, pueden darse cuenta cumplida de la ingente y espléndida labor inmaterial ejecutada, como á fuerza de instinto, por los naturales de la noble tierra española en todos los puntos del occiduo hemisferio en que dominaron ó dominan.



No hemos nosotros de ser quien vea con algún sentimiento parecido á complacencia los medios por España puestos en ejercicio para establecer y consolidar esa dominación, mayormente cuando éstos no han podido menos de suscitar la condigna reprobación de la historia. El exterminio de los aborígenes de las grandes Antillas, complicado con hechos tan inhumanos como la muerte de Anacaona, las sevicias narradas prolijamente por el generoso Las Casas, la barbarie de Cortés y de Pizarro, y los espectáculos sangrientos dados en el discurso de nuestras guerras de independencia; son, sin disputa, sucesos aborrecibles, que, sin degradar su nobilísimo carácter, constituyen otros tantos borrones para la civilización española. Pero esto no estorba que también sean de todo punto ineficaces para sustentar hoy en día rencores ni prevenciones contra España en nuestros países americanos, como en tiempos inmediatos aún á las luchas separatistas de los mismos sucedía; ni para divertir á los espíritus reflexivos, de su tendencia natural hacia el reconocimiento de cuanto, en orden á lo grande, lo bello y lo bueno, debe á España, la madre, América, la hija, con abstracción absoluta de las severidades, á menudo terribles, de tal madre, y los desquites, por no decir venganzas, de tal hija. ¿Y quién no entrega placentero al ovido los defectos característicos de una madre, sobre todo si éstos son incapaces de amenguar en nada una siquiera de las virtudes preclarísimas alojadas en el santuario de su alma incontaminada?

Hemos hecho alusión á desquites; y si alguno conocer quisiera el modo nuestro de pensar en este concreto punto, diríamos, en puridad, cómo la justicia distributiva viene de antiguo doliéndose del incompasivo desdén con que la miran aun las con-





ciencias hechas á la rectitud, supuesto que la más débil de las naciones colonizadoras ha sido España, la cual nunca supo comunicar fuerza y cohesión á su poder, y todo lo fió siempre, nó al número, nó á la multiplicidad de los recursos apropiados á la ofensa y la defensa, remedando á Francia é Inglaterra; sino á la intrepidez y los esfuerzos magnánimos de sus campeones y guerreros, consintiendo así en dejar sin abrigo no pocos lados vulnerables, por donde no sabemos qué le ha causado destrozos mayores, si las armas contrarias, ó el rechazo de los mismos golpes que dirigían ellos contra sus enemigos. En compensación, pues, de los agravios diversos que hubo de irrogar al mundo americano, recibió del mundo americano agravios también diversos, y de vez en cuando no menores; de modo que América y España se han ofendido mutuamente, gracias, en mucha parte, á las deficiencias tamarñas del sistema colonial de la postrera. (1)

«Se nos antoja que las acciones loables y las acciones perversas, han de ser como las ondas sonoras, »las cuales entremézclanse unas con otras sin »amortiguarse ni confundirse.»

Nos parece que la precedente proposición, átomo de superficial estudio nuestro acerca del influjo de Inglaterra en los estados hispánicoamericanos, está corroborada por la unanimidad en que los escritores, al discurrir sobre América, relativamente á la época de la conquista, y al contraerse á España con relación á los desmanes aquí en nombre suyo cometidos, han castigado, sin poder al mismo tiempo apocar la primaria magnitud de sus proezas, la conducta de aquellos héroes memoratísimos que sometieron al dominio de su patria las islas mayores del archi-

(1) «Preciso es confesar que los soldados de la Conquista compraron muy caros sus triunfos,» advierte buenamente un historiador extranjero.



piélago antillano, el inmenso continente meridional y las partes preciosísimas del septentrional conocidas con los nombres de Florida y Méjico. Á juzgarlos por el vértigo que los arrastraba, como fuerza oculta é irresistible, á obscurecer el brillo de sus hazañas con actos de barbarie atroz; á juzgarlos sin parar mientes en un hecho tan constante y digno de atención en este caso, como el no haber sido nunca la clemencia virtud capaz de germinar y florecer con copia de matices en el alma de ningún conquistador; á juzgarlos por el proceder nugatorio con que correspondían á la inocencia y buena fe de los indigenas, sacrificándolos á una codicia siempre desapoderada, y desapercibidos de todo humano respeto al sexo, á la edad y á las condiciones y gerarquías sociales: las consecuencias de juicio igual habrían de ser, por necesidad ineludible, desastrosas á lo sumo para la memoria suya; y lo serían asimismo para la de César y Napoleón, si la historia y la poesía justipreciasen por las matanzas y los crímenes políticos de aquellos superiores capitanes, el mérito de las acciones referidas en los *Comentarios*, del primero, y en las *Memorias de Santa Helena*, del segundo.

No hubo, no hay, tal vez, nación civilizada cuya historia ó vida ofrezca, no sin persistencia, tales antítesis, consorcio tan íntimo de las acciones más prodigiosas y sublimes con los hechos más horrosos y tremendos; ni que provoque amor ú odiosidad, alabanzas ó maldiciones, con alternativas y en grados tan precisos, como la nación española. Es fuerza prescindir de sus días de frenesí al contemplar sus épocas de lucidez, y olvidar sus tiempos de magnanimidad al contemplar sus períodos de despotismo; sus errores eclipsan sus aciertos, y sus aciertos sus errores. Por las disensiones, el relajamiento, la concupiscencia, la venganza y la traición, pier-



de la patria; y la recobra en medio de una campaña sostenida poco menos de ocho siglos contra la invasión de la cimitarra muslime, y tan fecunda en prodigios, que achica y anonada las proporciones de la inmensa catástrofe del Guadalete; deja muy atrás á las legendarias Termópilas, con respecto á las hazañas que la informan, y al semidiós Aquiles, con respecto á los personajes que las ejecutaron, y resume y contiene, centuplicados, las heroicidades épicas de Grecia y Roma y los estímulos caballerosos de todos los tiempos y países. Si las facciones intestinas mantiénela revuelta y agitada, con intermitencias desiguales, durante aquella lucha desmesurada, privativa de un pueblo titánico, la cual, porque nada le haga falta, tiene su *Romancero*, como la guerra de Troya tiene su *Ilíada*, es por guardarse á ella misma consecuencia, toda vez que había proclamado el derecho y deber de insurrección. Si estas competencias domésticas contribuyen muy en exceso al prolongamiento de la dominación sarracina, deja de ser parte para estorbar que la nación florezca, deja de ser obstáculo para que la nación luche, no sin suceso, contra la Francia de Carlomagno, y establezca emporios, conquiste islas, alcance victorias ilustres en lejanas tierras, acreciente sus dominios con la incorporación de importantísimos estados extranjeros, y vaya con Roger de Flor hasta el Oriente, como Grecia fué con Alejandro hasta la India. Pero no bien consuma la Reconquista instituye la Inquisición; rehace la unidad política de la patria, y á la patria depaupera, proscribiendo, fanática, nada menos que á la parte más acaudalada de la población, por el hecho de componerla españoles pertenecientes al judaísmo; cobra, con exorbitancia, poderío y grandeza en lo exterior, y se deja rebajar en lo interior hasta el abatimiento, avasallándose á



la tiranía y al absolutismo, ella, que supo un tiempo hacer preponderar su derecho sobre la delegada jurisdicción del poder político; ella, que había estimado al Trono como subalterno de su augusta é inmanente soberanía.

Esta dualidad, estas destrezas y aberraciones alternativas, autorizannos á establecer el juicio de que todo es extremo en España, lo plausible, como lo detestable; lo cual atestiguan suficientemente las buenas y malas acciones de los aventureros originalísimos á quienes el genio de Colón facilitó campo ilimitado en donde, moviéndose á impulsos de sus espíritus extraordinarios, se pudieran captar ó concitar, según el valor intrínseco de sus actos, cuándo el asombro, cuándo la reprobación de las gentes. Leyendo la historia del descubrimiento y conquista del Mundo Nuevo, tropezamos con escenas magníficas y escenas repugnantes, con lances dignos de corazones valientes y lances propios de corazones pigmeos; distribuidos aquéllas y éstos por modos tan encontrados, que nuestro ánimo como que va y viene, debido á la impulsión de los movimientos de antipatía y simpatía que provocan, los cuales, durante la lectura, van sucesivamente dejando en él huellas cada vez más ahondadas y sensibles. Ahora, con furor instintivo, aborrecemos á esos héroes, y á poco experimentamos vehementísimo sentimiento de admiración hacia ellos; sus cualidades excelentes y sus cualidades reprehensibles, los impulsos grotescos y los impulsos gallardos de sus pechos ciclópeos: todos reunen las mismas proporciones, todos presentan igual magnitud á los ojos del lector; y cuando se deja el libro de la mano, ignora uno al pronto cuál de los dos contendientes en el palenque del sentimiento la palma se ha llevado, pose-



sionándose del mismo, si el bando de los hechos miserables, ó el bando de los hechos portentosos.

Esta igualdad de intensión en las impresiones causadas por los sucesos gloriosos y los sucesos aborrecibles que figuran á competencia cuasi en cada página de su historia, no ha podido ser sino perniciosa para España, por haber dado pie para que los extranjeros, mayormente los dotados de diminuto sentido estético, juzgasen á esa nación con arreglo á sus extravíos y defectos, esto es, sin darse, ya por incapacidad, ya por mala fé, ya por despecho, la más leve cuenta de las no comunes perfecciones relativas al carácter étnico y moral de la española gente. La pluralidad de las opiniones á ésta desfavorables; las injurias asestadas al ilustre nombre de la patria; los sarcasmos y censuras, sin fundamento racional, dirigidos contra ella por inteligencias superiores, poco cuidadosas de sujetarse á madura reflexión cuando á España se han contraído; y hasta el menosprecio con que la vieron y la ven todavía, en determinados países extranjeros de América y Europa, los hombres de negocios ó estadistas, y el común de la gente popular; son secuelas inequívocas de la citada manera de considerar las cosas y personas á España concernientes; porque—digámoslo de corrida—graduar lo bueno y lo malo de una persona, buscando entre sus vicios y virtudes lo que puedan éstos real y verdaderamente ofrecer en punto á diferencia ó identidad ponderales; ó lo que dá lo mismo, reunir en dos grupos distintos los móviles agentes de las obras meritorias ó inmeritorias de tal sujeto, para cerciorarse de la proporción ó desproporción habida entre los mismos con respecto á su actividad y cantidad, formando, en cualquier caso, juicios y considera-



ciones compatibles, sin la discrepancia más leve, con lo preceptuado por una recta imparcialidad: es tarea laboriosa de suyo, á la que bien pocos se dedican por ser necesarias estas dos condiciones, hallarse dotado de sereno sentido moral y conocer bastante bien el corazón humano, para conceptuar los procedimientos de los hombres, individual ó colectivamente apreciados, sin añadir á esos procedimientos ni cercenarles cosa ninguna, ya sea tocante á su bondad, ya tocante á su malicia. En nuestro siglo, la virtud se vé apenas; pero el vicio se ofrece de lleno aun á los ojos menos perspicaces; y formar sentimiento de las gentes, sólo con asistencia de sus errores y defectos, es práctica muy recibida, sobre todo entre los anglosajones, nada estimables de sí en materia de sensibilidad moral.

---



## II

### MEDIA RESPUESTA.

Cuantos preguntan qué ha hecho España en América, lo dicen, además, como si se hablara de algún advenedizo que, á deshoras, allega el contingente de su actividad á una empresa cuasi rematada, pretendiendo á poco recompensa por sus esfuerzos ó servicios; lo dicen como si no se tratara precisamente del mismo sujeto que, á más de haber otorgado su patrocinio á la idea de aquella obra, fué quien hubo de acometerla y conducirla, sin ajeño recurso, al lisonjero estado en que la vemos.

¿Qué ha hecho España en América? Pues ha hecho, ante todo, cuanto era menester para que otros hacer pudieran más después por cuenta propia: descubrirla.

Bien se nos alcanza que muchos han de mover la cabeza con ademán negativo de nuestra sujeción, vinculando al punto en estelugar común el pensamiento: «América fué descubierta por el genio de un italiano.» Y he aquí justamente á lo que jamás se aventuraría ningún hombre juicioso, á referir á los alcances de un español la gloria del acto práctico y sublime del insólito descubrimiento,



la cual pertenece y habrá de pertenecer, en toda su integridad, á la intuición y gestiones personales de aquel marino, hagan lo que llevarén á gusto por amenguarla cuantos escriben hoy—atribuyendo la expedición, quién á nautas normandos, quién á nautas islandeses,—de un descubrimiento anterior en varias centurias, según esos investigadores, al auténtico y definitivo del italiano prominente, cuya memoria nuestro corazón reverencia y bendice, como el de todo hijo de la tierra hispanoamericana que tiene á honra y orgullo inenarrables ser depositaria y guardadora señera de los mortales residuos de varón tan señalado.

Pero el genio suyo era sólo una fuerza del orden subjetivo, falta, desde luego, de virtud infusa para levantar los medios materiales conducentes á la realización de su idea. Le precisaba favorecerse de los poderosos; y España, bajo la venerable figura de una mujer extraordinaria, dispensóle apoyo correspondiente, por lo generoso, á la importancia excepcional de aquel designio. Españoles eran los recursos; españoles esos cascos en que arribó el moderno Jasón á las entonces incógnitas riberas transmarinas; españoles los modernos argonautas que integraban la tripulación de aquellas carabelas, cuya fragilidad contrastaba, de modo portentoso, con la magnitud de la empresa para la cual fueron utilizadas; y españoles cuantos secundaron con los suyos, nada desiguales, los esfuerzos ulteriores del perínclito navegante, hasta llevarle ventajas de consecuencia, no en el plácido sendero de la bienandanza, sino por las escabrosidades fatigosas de la impróspera fortuna.

Cristóbal Colón hubiera patentizado estos venustos espacios occidentales, presentidos por Séneca; los hubiera patentizado sin la protección de la mo-





narquía española, ya que pudo haber contado con la de Francia ó Inglaterra; si bien la conquista entonces habría sido más laboriosa, más ímproba, pues él hubiera tenido bajo sus órdenes, en igual de compañeros, servidores, subalternos, hombres de temperamento ménos ardiente, de condición ménos indómita y de carácter ménos reñido con la disciplina y la obediencia; no tan inquietos, animosos y esforzados como los españoles. Él, en alas de su ambición ó egoísmo, disimulable, siempre hubiera encontrado expedita la vía para encabezar los descubrimientos secundarios, sin tropezar con Pinzones, Ojedas ni Balboas; habría sido Gobernador ó Virrey efectivo, no solamente de los países conquistados con su cooperación personal, sino de los que se hubiesen revelado sin ella; gozando, así con arreglo al hecho como al derecho, de las prerrogativas anejas á su alta dignidad; ó para decirlo de una vez, habría ejercido, libre de toda traba y ambigüedad, sus funciones como Almirante de la marina española, y sus facultades como Virrey del hemisferio americano; y Francia ó Inglaterra hubiera observado para con él procedimientos distintos de los que Fernando el Católico adoptó; mas poco propicios hubieran sido, á fe, los finales resultados á los destinos futuros de América, basándonos en que Francia é Inglaterra, bien que no tanto Inglaterra como Francia, fundan colonias en interés de lo presente, y España las asienta en interés de lo porvenir.

A mayor abundamiento, ¿poseía Colón, para organizar y regir establecimientos coloniales, aptitudes parejas á las que copiosamente reunía en sí para la carrera náutica? ¿era tan buen colonizador como prestante descubridor era? Si á decir vamos toda la verdad acerca del caso, atentos al único testi-



monio á quien remitirnos podemos en la circunstancia presente, al testimonio de la historia, hemos de aseverar, sin titubeo, que no hubo Colón de mostrarse tan perito en el manejo de los asuntos terrestres, cual en la dirección de las cosas marítimas; y para rendirle, sin reserva, el tributo de veneración y gratitud que le adeudan por evo las generaciones, se necesita ver en él tan sólo al predestinado de la Providencia para deparar á ese viejo Adán denominado mundo antiguo, esa Eva ignota, suerte de Venus Afrodita, conocida por América.

Fueron menester á ese genio y á este mundo, al uno para ser auxiliado y al otro para ser sometido, tales hombres como los españoles, cuyas condiciones psicológicas venían proporcionadas á maravilla con lo arduo y gigantesco de aquella obra sin precedente ni consiguiente (1); y pensando que no ha sido América el único país arrancado de la barbarie, ni España la única nación conquistadora, es antilógico no echar de ver, en seguida, cuánto de la raza hispana difieren las otras razas en esfuerzo, audacia y demás cualidades que sintetizan el ánimo elevado. Historiógrafos muy discretos muéstranse negados á consentir la existencia del héroe legendario á quien las edades vetustas reputaban por encarnación de la fuerza inteligente y activa que considerarse puede como generadora del material progreso. Según estos autores, jamás existió aquel personaje, debiendo tenerse tan sólo por representación simbólica de colectividades humanas que se hicieron famosas luchando cuerpo á cuerpo con la naturaleza bruta, consagrando su pujanza, su actividad, á las empresas que cambian y transforman, gradualmente ó de súbito, el anverso

(1) «Peleaban á un tiempo con los enemigos, con los elementos y con el hombre:» palabras del historiador.



de las naciones en cuyo seno se realizan. Y es que hay trabajos imposibles para un hombre solo, aun cuando este hombre solo sea titán; y obras no adecuadas á cualquier pueblo, aunque cualquier pueblo sea de colosales proporciones.

Ese símbolo se compadece á la perfección, no ya con el ánimo portentoso de aquellos paladines cuyas plantas y cuyas manos fueron las primeras en comprimir, en regar con sangre y en fecundar con el germen de la civilización cristiana el terruño americano; sino también con el espíritu incontrastable de la nación matriz de donde provenían. Hay pueblos, los de sajona raza, por ejemplo, que saben seguir, sin detenerse, la carrera del progreso; pero es cuando ya otros pueblos les han prevenido los senderos, comunicándoles así el primer impulso. Éstos suelen ser (y son efectivamente) pueblos de raza latina. Ni verse debe con indiferencia ú olvidar hecho tan indiscutible como el haber sido la gente sajona por la gente latina puesta en el amplio derrotero de la humana cultura; mientras que la última, ya la veamos en conjunto, ya especificadamente, jamás necesitó, para moverse hacia el bien, que le sirviese de báculo raza ni nación alguna. Si se intenta cortar, con osadía sorprendente, las ondas oceánicas en seguimiento de inexploradas latitudes, para establecer allí por vez primera el régimen de la vida común á las sociedades cultas, es preciso encomendar la prohiación y ejecución de tamaño propósito á la potente raza natural del ibero quersoneso. Mas si se trata de adjudicarse los países extraídos de lo incógnito y faltos de toda eficaz defensa, convirtiendo aquellos recién surcados mares en campo de incalificables agresiones y piraterías, ningún pueblo posee, como el pueblo británico, aptitudes ingénitas con semejante ocupación tan compatibles.



Países faltos de toda eficaz defensa, hemos dicho, porque las potencias rapaces, entre quienes Inglaterra sobresale, son opuestas de antiguo á cometer excesos, como no sea en puntos donde saben con certidumbre que no serán repelidas ú hostilizadas gravemente. Sólo España, siquiera se trate de conquistar un mundo, siquiera de combatir á un pueblo, siquiera de rechazar una invasión, desdeña los flancos, menosprecia las contrariedades, y haciendo prodigios de sufrimiento, de constancia y de valor, é insegura de la victoria ó el descalabro, acomete de frente al enemigo, atenta no más á vencer ó á percer con gloria.

---



### III.

#### GRANDEZAS EMBUTIDAS EN LO GRANDE.

El descubrimiento de América tiene por resultantes dos hechos, gemelos en cuanto á su magnitud, de donde nace no interrumpida serie de acontecimientos, secundarios en orden á los anteriores, pero tan brillantes en su línea, cual los ilustres sucesos glorificados de consuno por la historia y la epopeya. Referímonos á la conquista y la colonización, las cuales deben ser miradas como el más atrevido y beneficioso de los esfuerzos verificados sobre nuestro planeta; por donde advertirse puede al mismo tiempo cuán baladí es el pretense rey, no del orbe de la tierra, sino de todo lo creado, que no habiéndose, desde su advenimiento á la existencia, consagrado preferentemente sino á conquistar y poblar regiones habitadas é inhabitadas del mundo, ha sido incapaz de llevar á cabo empresa por lo menos igual á la de que venimos escribiendo. Esos tres hechos, Descubrimiento, Conquista y Colonización, unidos á ese otro llamado Reconquista, figurarán en los fastos de la humanidad perpetua-



mente, como el timbre más relevante, como el monumento más sublime, como la gloria por excelencia, por ser doblemente una gloria sin par en el mundo, y la más considerable, de la gloriosa é impercedera patria española.



## IV

### LO QUE SE VE, Y LO QUE NO SE VE.

Se ha dicho con notable fundamento: «Portentosa es la historia de la nación española en el nuevo mundo. Lástima grande que habiéndole descubierta por la intrepidez argonáutica de sus marinos, y adquirido por el esfuerzo y valor herculáneos de sus guerreros, perdiese la mayor parte del mismo ¡quién lo creyera! por las torpezas consuetudinarias de todos sus Gobiernos.»

Sí, esa historia es única; lo es hasta en sus horrores; aunque no se aviene bien con el dictamen de los espíritus meditabundos la costumbre, muy corriente, de considerar á España como la sola nación capaz de incurrir en torpezas, puesto que las demás tenidas en el concepto de colonizadoras, no se han distinguido por menos proclives, cuando no á los ordinarios desaciertos, á los atentados, que son torpezas más brutales y pecaminosas ante la justicia del Altísimo. Ellas todas afirmaron su dominación colonial valiéndose del terror y el exterminio, solamente que los casos y sus pormenores son, en su mayoría, desconocidos; porque, contrayéndonos á los ingleses, tenidos por más sagaces en asunto



de colonización, éstos cifraron siempre buena parte de su política en imposibilitar la revelación y vulgarización de sus escándalos y demasías. Fuera de lo dicho, los hijos de las colonias á Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca pertenecientes, han sabido sufrir como estoicos, sin articular ni provocar una queja, las puniciones inméritas de la potestad política. No así los nativos de los dominios españoles, los cuales jamás sucumbieron á las arbitrariedades semejantemente á los romanos, saludando al César, ó sin concitar las protestaciones categóricas de la pública conciencia.

También los yankees han puesto cuidado especialísimo en que no se trasluciera el proceder suyo para con los aborígenes de una parte del inmenso territorio poseído por aquella insólita nación. Sería, ya que no imposible, difícil tarea, indagar cómo hubo ella de concluir con el indio de la Florida, verbigracia; lo cual muévenos á preguntar porqué no seguiría el ejemplo que dieron los españoles en el continente, porqué no se asimilaría las poblaciones indígenas, ganándoles el corazón y la voluntad de la manera única que debió haberlo conseguido, á saber: ciñéndose al empleo de los medios suavios y atractivos por la civilización aconsejados.

Las naciones han de propender no más que á engrandecerse: han de procurar hacerse, á perpetuidad, potentes y respetables, si no temibles, seguras de que, bajo esa condición, alcanzarán títulos bastantes para sobreponerse impunemente á la razón y al derecho cuantas veces les placiere. Mas ¡ay de aquéllas que, faltas de poder y de fortuna, osan tomar el rumbo de los excesos! ¡ay de las que, habiendo, en mejores días, cometido innúmeras iniquidades, por el despeñadero de la decadencia se precipitan, á poco, de su esplendoroso poderío, á





impulsos de lamentables acaecimientos vicisitudinarios, en la sima de la postración y el infortunio!...

Las situaciones humildes ofrecen pábulo al ludibrio; pero la prosperidad deslumbra por extremo á quienes la contemplan; y ¡cuánto no se ha dicho y escrito acerca del exterminio de los primitivos habitantes de las Antillas españolas! ¡cuánto no se ha denigrado á España por aquella extinción horrenda, sin tenerse presente que también había seres humanos en las demás islas de nuestro archipiélago, que los españoles no llegaron á colonizar, por distracción, por indiferencia, ó á causa de haber caído éstas, como á cercén de su descubrimiento, en poder de otras naciones! ¡Cuál suerte, pues, cupo á sus míseros moradores? ¿porqué no subsistió la muchedumbre de indios que poblaba la infinidad de ínsulas donde jamás los españoles dominaron? Averígüelo Vargas, que las otras naciones jamás produjeron, para la narración de sus crueldades, lo que produjo España para la referencia de las suyas: un Bartolomé de las Casas. (1)

(1) Cualquiera encontraría motivo para tener á Penn por santo con sólo dejarse llevar de las ponderaciones con que los escritores celebran la manera de que vino el discípulo de Jorge Fox á establecer en el norte de América los fundamentos inmovibles de la civilización anglosajona; y como esas ponderaciones se hacen comunmente con referencia ó alusión al modo distinto de que los españoles extendieron la suya mucho antes por la inmensa vecindad, el contraste que la oposición de unos y otros procedimientos ofrece naturalmente, viene por sus pasos contados á condensar la ilusión, dándole cierto viso de realidad que, para ser efectiva, sólo está esperando á que la convicción le tienda los brazos, admitiéndola. Dos móviles opuestos constrinieronlos á cruzar las vírgenes aguas del Atlántico: á los españoles, uno interno, la codicia (\*); y á Penn, uno externo, la persecución; aquéllos tremolaban la enseña de la servidumbre, y éste llevaba el lábaro de la libertad; los unos se apoyaban en la fuerza, y el otro en la razón; los primeros adquirieron el dominio de las tierras mediante la violencia, y el segundo debido á las negociaciones; los españoles las fecundaban con la sangre, y el inglés con el sudor; esos católicos fueron el azote de los indios, y ese protestante la providencia; ellos su terror, y él su amigo; ellos realizaron la conquista por las armas, y él por la concordia. Pues por menos ha elevado á los altares á más de un varón la Iglesia. Pero ¿es creíble, por ventura, todo lo que de Penn refieren tantas plumas? ¿debe aceptar sin crítica la historia lo contado primero por los paisanos de aquel colonizador, y

(\*) Escribe Bolís que las Indias durante su conquista, se apeteían con el valor más que con la codicia.—*Historia de la Conquista de Méjico*



## Por nada entra en nuestro plan traspasar los límites del mundo colombino, siguiendo el rastro de

después repetido por cuantos extranjeros en esas fuentes bebieron hasta saciarse? Y entiéndase, ante todo, que nosotros comprendemos en su nombre á los otros puritanos que con él arribaron á las playas septentrionales, náufragos de las persecuciones religiosas y políticas que ocurrían en su patria.

Los españoles no tuvieron escrúpulo de historiar á un tiempo y con la misma pluma sus hazañas y sevicias. Este género de abnegación los enaltece tanto más, cuanto que dependía de su voluntad haber silenciado sus maldades para pasar por la gente más inofensiva en el concepto de la posteridad; pues ¿quién las hubiera sabido, si ellos mismos no las hubiesen narrado en historias y poemas? Los angloamericanos, por la inversa, sólo han tenido alabanzas para los conquistadores del extremo norte de nuestro hemisferio, los cuales á nadie, según aquéllos, hicieron ni pizca de perjuicio, sino que plantaron sus tiendas en medio de los indígenas y los trataron como si ya hubieran sido amigos viejos. ¡Cuánta dulzura! ¡cuánta bondad! Una de dos, ó esos indígenas eran tan buenos como esos extranjeros, ó esos extranjeros fueron, por su proceder, tan salvajes como esos indígenas: porque sólo la similitud de caracteres ó sentimientos pudo hacer posibles avenencia y armonía tan fraternas y anticipadas entre los hijos de la civilización y los hijos de la barbarie. Sea lo que fuere, hay que recibir con diffidencia declarada semejantes aseveraciones, porque la raza de los que tal dicen es la raza más ambiciosa, truculenta y usurpadora que ha existido; eso sí, usurpadora, truculenta y ambiciosa sin estrépito, vistiendo siempre la piel del cordero y huyendo de hacer público cuanto de algún modo puede redundar en su descrédito.

Sería muy del agrado de los anglosajones el absurdo de admitir que los españoles poseen las consabidas cualidades en grado mayor que aquéllos; y se incurriría en semejante despropósito dando abrigo á la creencia de que los puritanos fueron así como aparecen pintados en la historia, donde hornigüeaban á su solaz ¡cuántas exageraciones indignas! ¡cuántos errores groseros é incorregibles! No; por título ninguno se ha de tomar al pie de la letra, creyéndolo cándidamente, todo lo que de Penn y sus secuaces cuentan, por deber de paisanaje, los escritores de su raza: y por admiración, cuantos han venido gozándose hasta la fecha en repetir esas fábulas con el ánimo firme y deliberado de agravar más y más la odiosidad por el sistema colonial hispano en las generaciones contemporáneas excitada con razón y sin razón.

El arribo de Penn y los suyos sucedió cerca de dos siglos después del Descubrimiento, tiempo sobrado para que se hubiera extendido por toda Europa la noticia de los excesos por los españoles cometidos. De modo que, á ser real lo que nosotros venimos calificando de romancesco, la colonia puritana pudo haber tomado pie de aquella esparcida noticia, para regir su conducta con arreglo á la equidad: pudo haber tomado la resolución de practicar el bien, puesta la imaginación en el mal que aquéllos hicieron por el mismo camino que llevaba, escarmentando, si podemos decirlo así, en cabeza de otro. No habrá quien se aventure á responder de que los ingleses hubiéranse conducido mejor que los españoles en la conquista de América, si Colón hubiese preferido descubrirla con el auxilio de Inglaterra. ¿Qué precedente habrían tenido delante? ¿de cuál paradigma hubieran estado provistos? Pero todavía milita en favor de los españoles la circunstancia de formar ellos una raza heroica (otros dirían guerrera), y las atrocidades echadas á los mismos en cara con frecuencia, son atrocidades características de las razas heroicas, á las cuales, si acaso es cierto no haber quien las exceda en la línea de lo desatentado, nadie hay, en permuta, capaz de igualarlas ni de aventajarlas en la línea de lo grande. No es raza heroica la inglesa, razón por la cual llegó al norte de América y colonizó como dicen que llegó y colonizó. Las razas heroicas gustan de aventurarse á todo, las más veces demasiado; las razas tal como la sajona, que nombraremos pacíficas, nunca se



## las barbaridades patibularias consumadas por gente no española, pero adelantadísima; ni ello nos hace

precipitan: mantiénense atisbando la ocasión, cual la paciente araña su presa, y no bien se les pone delante, sujétanla de forma que, para dejar el cabello de la mano, primero se iría desencajada la mano tras el cabello. Todo lo hacen pacífica y concienzudamente de ordinario: pacífica y concienzudamente piden la bolsa ó la vida; y conviniéndoles (porque las conveniencias entran por mucho en el ánimo de tales razas), conviniéndoles degollar, pacífica y concienzudamente deguellan. Y sin embargo, de tiempo en tiempo mueven guerra; pero es cuando tienen de su parte toda la superioridad, pues de lo contrario no apelan á la guerra.

Verosímilmente no fueron Penn y compañeros tan irreprochables como proclaman sus apologistas naturales y forasteros. El mal que habrían de hacer ejecutaríanlo sin ruido ni aparato, confiando, primero, en que ninguno de sus contemporáneos nacionales tomaría de ahí materia para un alarde cualquiera de ingenio; y segundo, en la discreción de la descendencia étnica y sucesiva de los unos y los otros, que sabría sempiternamente, ó guardar el secreto con religiosidad, ó mirar con invencible repugnancia toda tarea vinculada en la inquisición justiciera ó inexorable de la conducta política de sus remotos antepasados. Escribimos, claro está, sin documento material y auténtico expedito para la comprobación convincente de nuestra hipótesis; mas, en reemplazo, engañaríanse cuantos sospechasen que nos hallamos enteramente destituidos de apoyo y fundamento, pues que indicios hay, los cuales no por escasos dejan de proporcionar consistencia de mucha entidad á la opinión por nosotros sustentada. Quién suministra esas vislumbres, nadie lo creyera, por ser no menos que todo un historiógrafo angloamericano; y emanar podían acaso, considerándolo bien, de origen más natural y más autorizado? Aludimos á Guillermo Prescott, autor tan parco y remirado en eso de tributa-elogios á los españoles, que sólo en alarde de subitáneo é irresistible movimiento de admiración, pudo, á nuestro juicio, expresarse con el despreñamiento y franqueza sorprendentes que reverberan en sus palabras, parecidas á una revelación. Vámonos á copiarlas:

«Los esfuerzos hechos para convertir á los gentiles, son un rasgo característico y honroso de la conquista española. Los puritanos, con igual celo religioso, han hecho *comparativamente* menos por la conversión de los indios, contentándose, según parece, con haber adquirido el inestimable privilegio de adorar á Dios á su modo. Otros aventureros que han ocupado el Nuevo Mundo, no haciendo por sí mismos gran caso de la religión, no se han mostrado muy solícitos por difundirla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles, desde el principio hasta el fin, han mostrado profundo interés en el bienestar espiritual de los naturales. Bajo sus auspicios se levantaron magníficas iglesias, se fundaron escuelas para la instrucción elemental y se adoptaron todos los medios racionales para difundir el conocimiento de las verdades religiosas; al mismo tiempo que cada uno de los misioneros penetraba solo por remotas y casi inaccesibles regiones, ó reunía sus discípulos indios en comunidades, como hizo el honrado Las Casas en Cumaná, ó como hicieron los jesuitas en California y Paraguay. En todos tiempos, el animoso eclesiástico español estaba pronto á levantar su voz contra la crueldad de los conquistadores y contra la avaricia (?), no menos destructora, de los colonos; y cuando sus reclamaciones eran inútiles, como sucedía muchas veces, todavía se dedicaba á consolar al desdichado indio, á enseñarle á resignarse á su suerte, y á iluminar su obscuro entendimiento con la revelación de una existencia más santa y más feliz. Al recorrer las páginas sangrientas de la historia colonial española, justo es, y al mismo tiempo satisfactorio, observar que la misma nación de cuyo seno salió el endurecido conquistador, envió asimismo al misionero para desempeñar la obra de la bene-



falta para poner de manifiesto cómo nación ninguna le ha ido á España en zaga, ni mucho menos, tocante á deshonorar á la civilización en beneficio de sus conveniencias económicas y políticas. La britana, por ejemplo, es una fiera cuyos instintos viven á menudo en la inacción; empero, avíenselos las circunstancias, excítenselos las necesidades, y se la verá sembrando á su paso la devastación, cual pudiera el más espantoso de los brutos carnívoros. Estremecen el ánimo las enormidades que, según cuentan con arreglo á la verdad de los hechos, ejecutaron los ingleses para reprimir las diferentes rebeliones ocurridas en Jamaica; ni se conoce á ciencia cierta el guarismo de súbditos infelices, para escarmiento público suspensos de los árboles que orillaban los senderos y carreteras de aquel país vecino.

Si á medirse fuera el respeto que profesan los gobiernos coloniales á la humana dignidad, ó el punto á que llega el nivel moral de la misma en todas las colonias, por el procedimiento usado en ellas á fin de ajusticiar á los reos políticos; no se podría menos de convenir en que tal respeto adquiere mayor grado de importancia, ó toda su importancia, y tal nivel moral mayor grado de alteza ó

---

ficencia y difundir la luz de la civilización cristiana por las regiones más apartadas del Nuevo Mundo.»

Las frases «con igual celo religioso», «comparativamente» y «según parece», que dejamos subrayadas, sólo están ahí para denunciar que todavía embargaban á Prescott las exigencias del espíritu de raza, con ser extraordinario el movimiento de imparcialidad que á la pluma suya dirigía. Con todo, no es poco decir tratándose de un protestante norteamericano. Esto nos parece concluyente. Si en orden al cumplimiento de los deberes religiosos es tan censurable la conducta de los puritanos, á pesar de componer una secta reombrada por su austeridad, cuánto más no habría podido aquel historiador acriminarla, considerándola bajo su aspecto político, en el supuesto de haber continuado hasta ese límite, y con igual desinterés, el noble sacrificio de sus escrúpulos y afectos de anglosajón! Sin duda hubiera despejado el misterio que debe de ocultar las causas mortales que directa y eficientemente obraron la desaparición completa del aborígen norteamericano, á quien tan propicio encontraron Penn y su colonia.



elevación, allá en los dominios españoles. ¿Porqué? Pues porque los españoles fusilan, al paso que los ingleses, daneses y holandeses ahorcan, y los franceses decapitan.

---



## V

### PREVISIONES INGLESAS.

Hay la creencia, no muy divulgada, de que las insurrecciones jamaiqueñas serían resultantes de planes que las autoridades locales elaboraron con aquiescencia del gobierno metropolitano, por ver de inculcar en sazón el acatamiento inalterable del orden público y el temor sempiterno de la justicia punitiva en el ánimo de aquella población. Y á fé que nada manifiesta la crasa incapacidad de la misma como el estudio de sus sentimientos, carácter y costumbres; ni nada desvirtúa la posibilidad de las rebeliones en estas colonias inglesas, como la previsión de sus gobiernos, á la cual cosa ninguna, ni siquiera el accidente más contentible, puede ocultarse, siempre que tenga ingerencia con el mantenimiento de la pública tranquilidad, bien que falla (y no poco) en lo relativo á la promoción del desarrollo moral é intelectual de los súbditos; y como los excelentes medios de represión y gobernación tenidos in promptu y preparados por una práctica tanto más cumplida cuanto larga; porque Inglaterra



perfeccionó á tiempo (y á su modo) su sistema colonial, lo mismo que Portugal, Francia, Holanda y Dinamarca. España, ó no ha mejorado el suyo todavía, ó le mejoró tardísimo. Quien nos lea, elija de la precedente disyuntiva el término más atemperado á su criterio; mas reflexione desde luego que mejor acepto podrá ser para la civilización venidera el tardo, si no paulatino, mejoramiento del sistema español, que la precoz perfección del que inventó cada una de dichas naciones, por cuanto esos sistemas no rinden ya resultados inferiores ni superiores á los obtenidos por sus creadoras, ni son susceptibles de producirlos, ni aun de reformarse ó volverse progresivos, estacionarios como son de su natío; que tal tiene que ser necesariamente la condición de las cosas perfectas. Lo contrario pasa con el sistema español, del cual pocas ó apenas ninguna se ha logrado todavía de las grandiosas, incontables y no presentidas resultancias políticas y jurídicas que lógica y seguramente habrá de ocasionar, y admite con amplitud cuantas innovaciones y renovaciones parezcan, no sin certeza, bien avenidas con el estado presente de la humana sociedad, y las necesidades múltiples conseqüentarias á las señales de los tiempos.

No profesa Inglaterra lo que pudiéramos llamar cariño á sus colonias, según á verdadera madre patria por de contado cumplir debe; las interesa no más conforme á potencia de la fecundidad y pujanza industrial y comercial de aquella conviene. Nace de aquí ese alejamiento político y social existente de antiguo entre los ingleses criollos, ó sea la sociedad colonial, y los ingleses europeos, ó sea la sociedad metropolitana. Para los primeros, hasta las puertas del Parlamento británico están herméticamente cerradas; y cuenta que dichas colonias



viven ganosísimas de que la Metrópoli se las franquease; no siendo para nadie imaginables la fruición, el orgullo, el entusiasmo, con que celebrarían tamaña merced, si aquélla resolviese otorgársela. Los altos puestos del estado, no menos que las elevadas posiciones sociales, son en Inglaterra inaccesibles para el criollo; las graduaciones superiores y las graduaciones medias correspondientes á ejército y armada, tampoco van con él, que bien merece por ello la calificación, exacta, de inglés *honorario*.

Hay organizadas en los dominios britanos (y lo decimos porque se juzgue si es dado expresar con exactitud que aquella Metrópoli hace confianza de la devoción y fidelidad de sus vasallos coloniales); hay organizadas milicias, en cuyo mando intervienen no más que oficiales europeos; pero nunca sirven éstas en su propia localidad, especie de privilegio limitado solamente á los cuerpos de policía, compuestos siempre de vecinos del mismo punto en el cual ejercen sus funciones, aunque bajo la dirección de jefes venidos de Inglaterra. Sin embargo, y como si dijéramos por contrabalancear esa concesión gratuita, en Jamaica, y asimismo en cada cabecera de lo que denominaremos circunscripción colonial, se halla un regimiento de infantería, procedente de la Madre Patria. Los alojamientos del estacionado en dicha isla encuéntranse situados, tomando el nivel del suelo por base, á poco más ó ménos mil pies de altura, cuasi en la planicie de una eminencia distante de Kingston algunas leguas; pero que se ve distintamente desde la parte arriba de la ciudad. Razones climatológicas y políticas han aconsejado la elección de aquella montaña para campo militar, si bien á proporción que las unas se distinguen por lo prudenciales, tratándose de soldados no hechos al clima de los trópicos;





resultan ser las otras maquiavélicas, concretándose á ingleses que no debieran estimar sino como á hermanos á los demás súbditos de la nación. Con la benignidad del temperamento se ha buscado, pues, impedir la comunicación, las relaciones, el contacto, de aquella tropa con los hijos del país; y debido á semejante precaución, esta es la fecha que todavía no ha podido establecerse ninguna corriente de simpatía, lazo ninguno de amistad, entre unos y otros, en lo individual ni en lo colectivo; estando tan separados moralmente, como si la corta distancia que hay de Kingston al campamento, fuese igual á la que á Jamaica separa de Inglaterra. Vive, por tanto, aquella gente, gracias á esta singular cautela, extraña en absoluto á todo móvil, á toda voz, á todo mandamiento, no provenientes de sus jefes inmediatos; y al punto que las circunstancias la fuercen á dejar esas alturas en defensa de las instituciones nacionales, amenazadas en su estabilidad por alguna sedición, descenderá exenta de todo compromiso moral con la tierra donde ha servido largo tiempo; se abalanzará, ni más ni ménos que si estuviera cercada de hordas salvajes en el corazón del Africa, se abalanzará, con ferina saña y sin discernimiento, al mozo y al anciano, á la mujer y al hombre; los estados, las condiciones sociales, nada la detendrá en su acción devastadora; nada infundirá en sus pechos impulsos compasivos, generosos; viéndola el litoral ó el interior, el monte ó el llano, la ciudad ó el campo, entregada ferozmente al exterminio, es decir, arrollando los obstáculos, ametrallando las poblaciones, arrojando granizadas de mortíferos proyectiles sobre cuanto, moviéndose con movimiento espontáneo, se le pone delante casual ó deliberadamente, y ahorcando, sin piedad, al inocente lo mismo que al culpable.



## VI.

### MALDAD Y BONDAD; ÁFRICA Y ESCLAVITUD.

Razones sobremanera valiosísimas favorecen á España con respecto á la maldad de los arbitrios materiales porque sus incomparables guerreros sujetaron la mayor parte de América. Constituyen estas razones las que bien podemos apellidar circunstancias atenuantes, que modifican por modo muy notable la desapacible realidad de aquellos arbitrios, pues para todos se hallará siempre, como buscarlo se quiera, causa ó motivo facultado para disculparlos y hasta justificarlos en cierta manera, señalando en apoyo de los mismos lo fúrtuito, lo excepcional, de los casos en los cuales eran comunmente puestos por obra. Pero nada semejante puede argüirse relativamente á los medios irreprochables: aquí la bondad subsiste por sí misma, no porque haya sido para ello necesario la concurrencia casual de accidentes extraños; mientras que la malicia en el primer caso, como acabamos de verlo, es tan sólo resultante inmediata de concausas forzosas, de circunstancias de tiempo y lugar comprometidas de suyo. Esto no se acomoda con Inglaterra, por ser, entre todas las naciones,



la menos escrupulosa en achaques de perversidad: ella ejecuta simultánea y sucesivamente lo bueno y lo malo con indiferencia é insensibilidad no indignas, por cierto, de aquel movimiento del alma llamado con el nombre de admiración; mas, digámoslo de nuevo, cuando España obra lo bueno, lo hace por ser bueno; y cuando acomete lo malo, se resuelve á ello constreñida por necesidades más ó menos imperiosas, pero necesidades al fin y á la postre.

Parte ninguna del orbe de la tierra da testimonio de la impiedad y maleficencia de las naciones, ninguna tiene derecho á evocar contra ellas el rigor de la cólera celeste, atestándolas de imprecaciones acerbas y merecidas, como África; y al hacer memoria de sus inenarrables padecimientos, cuyos comienzos coinciden con los comienzos de la humana historia, se diría que implacable Némesis la tiene condenada desde tiempo incognoscible á sempiterna desventura. Siempre sirvió su excepcional atraso de incentivo á la desatentada codicia de las naciones europeas, las cuales rivalizaron en la explotación utilitaria de aquella enorme barbarie, lejos de haber enderezado ahincadamente sus empeños á sustituirla en absoluto con la civilización. De ninguna, pretermitiendo á Inglaterra, que suprimió la trata, y á Francia, que perforó á Suez, ha recibido lo que se pueda llamar beneficios intrínsecos y concretos; y ni aun los resultantes de las obras, moral la una, y material la otra, de las recién nombradas, especialmente los de la de Inglaterra, compensan, poco ni bastante, las injurias por diversos y sucesivos modos sufridas. Todas se han aventurado, lo más, á ceñir de manera incompleta y precaria el litoral, apartando, como medrosas, la vista del interior, cuando es el interior justamente que con más urgencia necesita y ha necesitado de la fecundante



acción del moderno progreso No se nos escapa que los trabajos civilizadores de Brazza, Emín Bajá y Stanley, á quienes algunos gobiernos auxilian deficientemente, penetran en el mismo riñón de dicha tierra; pero esos trabajos son aislados é ineficaces, como han de serlo por necesidad los de tres hombres solos en una empresa que debe acometerse de una vez, mediante los esfuerzos formales de todas las potencias combinadas; y éstas, en sustitución de dar treguas á sus obstinados piques internacionales y á sus censurables anhelos de predominio, para desplegar aunadas toda su actividad en labores meritorias; enmarañan más y más con esas baldías rivalidades los ya de suyo enmarañadísimos problemas europeos, y cuantos se refieren á la mejora y buenandanza de la humanidad; no dejando entrever, para el desentrañamiento de los mismos, otra perspectiva que la guerra, la cual es de por sí el más abstruso y horripilante de los humanos problemas.

¡Cuánta diferencia entre África y América, entre la nación española y las demás naciones! Hace unos cuantos milenarios que la civilización europea viene practicando diligencias encaminadas á la conquista de aquel país inmenso, hallándose todavía en las inmediaciones, por decirlo así, del punto de partida; mientras que la civilización española, en menos de una centuria se posesionó de un mundo considerablemente más lejano y extenso, dilatando, al dilatarse á través de los mares, los amplios horizontes de la patria; en menos de una centuria derramó por esa vasta superficie los gérmenes fecundísimos de su energía, estableciendo los incommovibles fundamentos de aquella constelación de repúblicas, de aquel grupo de sociedades semi-formes, cuyos destinos, para la generalidad de los



hispanoamericanos y la universalidad de los extranjeros, son incomprensibles aún, por efecto de su inmensurable grandeza y de la miopía de los unos y los otros; en menos de una centuria levantó ciudades populosas, aun en puntos increíbles á causa de su altitud y su lejanía de la costa; en menos de una centuria emprendió el cultivo de la tierra, fomentó el beneficio de sus senos, prosperó el comercio, crió las artes liberales, y llevó á cumplido remate y cimentó, cuanto de duradero, cuanto de permanente nuestros estados poseen, ahora en lo moral, ahora en lo material; incluso los caminos que transitan sus habitantes, y por donde acarrean los productos del campo; las universidades en donde cursan, y de cuyas aulas salieron nutridos de sabiduría tantos entendimientos ilustres; y los templos en que rezan, de los cuales gran número son como petrificaciones del arte sublime que los erigió.

Descartando los hechos suyos marcados con el estigma de la reprobación, justo es afirmar que no ha derramado España sino beneficios encima de nuestro suelo americano; y tocante á esos mismos hechos, cabe hacer presente cómo deja su maldad de ser grave hasta el punto de no haber forma, ó de favorecerlos con el pensamiento razonado de que otro tanto hubiera ejecutado cualquier pueblo en idénticas circunstancias, ó de ponerlos por manera ventajosa en equilibrio con acciones de igual naturaleza hechas aquí mismo por otras razas europeas. Pero no se atienden á esta consideración los amigos de censurar sistemáticamente á España; no se paran á discurrir que, sin poder evitarlo, han de hacer compañía errores deplorables á cualquier obra efectuada sin regla ni plan preconcebido, á cualquier empresa en cuya ejecución intervienen hombres entre quienes cada cual ejercita con entera indepen-



dencia sus aptitudes, y anda siempre á la ventura, y procede siempre á su albedrío, inobediente á todo gobierno, á toda dirección central, sin ningún linaje de conocimientos previos, sin ninguna forma de real vestigio, llevado tan sólo de los consejos de sus propios impulsos, de las sugerencias de sus propios desvaríos. Que las demás naciones civilizadas (independiente de lo que dejamos escrito acerca del mismo punto) hubieran, en igualdad de casos, cometido excesos no disímiles de los que perpetraron los españoles, lo hace bueno, con testimonios inconcusos, aquello en que todas simultáneamente hubieron de ser particioneras; lo hace bueno la servidumbre. Ni osaremos imputar á gobiernos determinados la causa del establecimiento de dicha institución en América; pues que, tratándose de perversidades á ésta parecidas, la irresponsabilidad corresponde á cada uno, y la responsabilidad, á todos.

Ha estado el linaje nuestro en dos fracciones singulares subdividido: la una contó siempre con esta facultad soberana, la inteligencia; la otra tuvo en contra este vicio desmesurado, el embrutecimiento; y á favor de tal ventaja y desventaja, llegaron á rodearse, aquélla de todas las prosperidades, y ésta de todos los infortunios; porque la primera, como consecuencia de su propicia estrella, creyóse investida de plenario derecho para vivir sobre la segunda, esclavizándola; y la segunda no supo, de resultas de su ignorancia, conjurar los azarosos efectos de tan siniestro error, contrarrestándolos. Así, el divorcio entre la conciencia y el sentimiento de la justicia, por una parte, y la estupidez ingénita de la intelectualidad por otra parte, abortaron ese fenómeno social, la servidumbre. Por de contado, ésta fué y es posible, subsistió y subsiste todavía, porque algunos acariciaron y acarician la



errada creencia de que pudieron y pueden poseer esclavos; y otros fueron y son incapaces de comprender que no debieron ni deben tener amos.

Hablar ya en América de la servidumbre civil, es hacer mención de un orden de cosas que pasó para no volver; es como revivir en la memoria la imágen correspondiente á un mónstruo espantoso, de cuyas reliquias es depositaria esa fábrica contentiva de toda suerte de objetos curiosos, el museo; y de cuyas atrocidades se hace conocimiento en ese otro museo, la historia. Pero siempre será oportuno hablar de la servidumbre, por cuanto es la servidumbre necesidad esencial en nuestro planeta, necesidad esencial en toda la creación. El género humano está inhabilitado para eludir esa necesidad, esa ley fatal de la naturaleza; y hasta puede considerarse á la servidumbre civil como deducción lógica de dicha ley, á quien rinde homenaje todo el universo, no resultando sino de aquéllas inmutables que rigen y ordenan el mismo universo en lo moral y lo físico; y si se atiende á la distinción habida entre ambas servidumbres, la civil y la natural, determinada por el carácter relativo de la una y el absoluto de la otra, sobrevendrá desde luego el haber de formar raciocinio revelador de la suma temperancia de la primera parangonada con la terribilidad de la postrera. Luego, diferéncianse las dos, aquélla, vista del lado inmateral, que no del lucrativo, en ser toda envilecimiento, donde acaban por encenagarse, á porfía, el alma del siervo y el corazón del amo; y ésta, en cuanto favorece con amplitud el alzamiento perenne de nuestro nivel moral, á lo ménos conforme con la noción, verdaderamente particular ó convencional, que aquí abajo se tiene de la personalidad humana; pues con arreglo á ideas inconcebibles, en el esta-



do presente del mundo, para los que habitamos en él, quizá y sin quizá seamos lo más diminuto y degenerado entre los seres racionales de la Creación.

Por lo tanto, es siervo el hombre. Su voluntad tiene jurisdicción limitadísima, y á cada paso la humillan empujes, accidentes y afectos en él nacidos por obra de funciones orgánicas y morales en cuyo ejercicio es ella impotente para intervenir de ningún modo. Eso multiforme con habitud á sus manifestaciones, emanación de nuestros conscientes é inconscientes movimientos volitivos, la libertad, divinizada por los poetas, especificada por los filósofos, regulada por los legisladores y consagrada por los pueblos; es una libertad esclava. Las leyes físicas, morales y positivas; los deberes y costumbres; las pasiones y preocupaciones; las necesidades y miserias de la vida; la sociedad, el estado y hasta la civilización, en cuanto dirige, temeraria, sus conatos á substraerle á todo predominio de la naturaleza, transmutándole gradualmente, á fuerza de hacer prevalecer lo artificial sobre lo natural, en una criatura compasible, por exinanida en lo moral y lo físico; son, cuál más, cuál menos, otros tantos árbitros del hombre; son otros tantos déspotas que á su tiranía le subyugan, que con sus limitaciones, unas necesarias, contingentes otras, aquéllas siempre definidas y éstas siempre más estrechas, le mantienen, sin serle dado contar con otro liberador que la muerte, como aprisionado en esta pequeña bola de tierra que gira sin reposo al rededor de una inmensa bola de fuego; pero tan espaciosa para cárcel, que, con abstracción de los espíritus dedicados á las contemplaciones místicas, entre los cuales tiene puesto distinguido el excelso poeta horaciano que cantó:





¿Cuándo será que pueda  
Libre de esta prisión volar al cielo,  
Felipe, y en la rueda  
Que huye más del suelo  
Contemplar la verdad pura sin duelo?;

no cata el hombre que lo sea; y viendo, como ve, desembarazada de toda oposición sistemática la vía de su desarrollo físico y de su interno mejoramiento; hallándose, como se halla, circundado por recursos bastantes á satisfacer su ambición y vanidad; estando, como está, lejos, que no fuera, del contacto de las paredes infranqueables de la cárcel; no tan sólo se jacta de ser libre, sino que, valido de las ventajas con que le obsequian los caprichos de la suerte, se cree armado con el formidable privilegio de imponer el yugo de la servidumbre, siendo él de la misma condición, á sus semejantes menos afortunados, á sus iguales ante la naturaleza y ante Dios. Sin embargo, tal usurpación, ese ilegítimo derecho del más fuerte, sería un tanto disimulable para la conciencia, si quienes se precian de poseerle, abundaran en sentimientos, ya que no filantrópicos, ya que no humanitarios, porque la servidumbre de por sí es contra humanidad; siquiera benignos, siquiera moderados, en sus tratos para con las víctimas de aquel verdugo de la personalidad humana. Pero siempre resultó de opuesto modo, pues cuanto más engréidos con la posesión de la libertad, más se han gozado en las pasiones de los gremios, discurriendo medios é instrumentos á fin de atormentarlos con mayor severidad, á fin de hacerles más amarga, más infausta, la existencia en el perverso estado servil. Humboldt echó de ver, á este propósito, cómo la legislación española sobre la esclavitud era menos rígida y atroz que la de los países situados al norte y al sud del Ecuador



en el continente americano; lo cual observó, con antelación al sapiente alemán, el autor de la *Historia Natural del Género Humano*, quien consigna que «los pueblos que en Europa (*y América*) disfrutan mayor libertad, son (*eran*) cabalmente los «que con más dureza gobiernan (*governaban*) á sus «esclavos en las colonias; díganlo si no los ingleses «y holandeses (*y yankees*). Los franceses y españoles dan (*daban*) mucho mejor trato á sus esclavos.» En la postrema cláusula se maltrata con audacia la verdad histórica, según lo patentiza el caso de haber sido los franceses, y no los españoles, quienes provocaron la revolución servil más horrible que han presenciado las edades; y aun entre los españoles, como lo hizo ver la conducta observada, no ha muchos años, por antiguos siervos en ocasión histórica solemne, y como lo confirman personas notables por su competencia, parece ser que los esclavizadores criollos hubieron para con aquéllos de mostrarse más duros y más intransigentes que los peninsulares.

Si, pues, la servidumbre correspondiente á las posesiones hispanas, abominable de suyo, y agravada con el uso y aplicación constantes de instrumentos y suplicios tan terribles como la cadena, la maza, el látigo, el cepo, el grillete y los *bocabajos*; fué, con todo, más benigna que la correspondiente á los dominios ingleses, franceses, holandeses, portugueses, daneses, suecos y, finalmente, á los Estados Unidos Yankees; no vemos puntos de comparación más adecuados á entrambas, como el purgatorio para la primera, y para la última el infierno.

Anotemos de pasada, y sin fijarnos en Haití, que la extinción de la servidumbre se cumplió en todos los países americanos á solaz del orden públi-



co; menos en el gigante y civilizado pueblo del norte, donde forzosamente había de acarrear tal abolición consecuencias distintas á lo sumo, para que no desdijese del aspecto insólito y peculiar que asumen allí todas las cosas y todos los acontecimientos, seméjense ó dejen de semejarse á extravagancia, ó á horror, ó á portento.



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia





Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

# CAPÍTULO II.

---

## REVERSO.

*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



## I.

### SISTEMAS COLONIALES COMPARADOS POR EL FORRO.

Por el contrario, ¿qué han hecho en América las demás naciones colonizadoras? ¿qué son, mejor dicho, consideradas desde los puntos de vista político, social, moral y material, los dominios de Inglaterra, Francia, Holanda y Dinamarca, parangonados con las antiguas y con las actuales colonias españolas?

Parécenos percibir en este momento voces atronadoras, pero inteligibles, salidas del seno de imponente muchedumbre que nos contesta: *¡Lo son todo! ¡Lo son todo!* Y en realidad de verdad, las posesiones extranjeras lo son todo con respecto á los países hispanos, mas no porque lo sean en rigor; lo son todo, hasta en lo que dejan de serlo, porque los naturales de las regiones donde la bandera bicolor española undula ó unduló, tenemos el defecto habitual de hallarlo todo malo en casa, incluso lo que á ciencia segura es bueno, dejándonos arrebatados en alas de un pesimismo las más veces absurdo, y olvidándonos por manera lastimosísima, en nuestras impacientes aspiraciones abstractas ó teóricas á lo mejor, del punto que habitamos en el



insondable regazo del universo; lo cual no sucede con ningún inglés, holandés ni danés, pues saben á las mil maravillas ajustarse y conformarse á la realidad que los rodea, sin salir nunca de la órbita que les tiene demarcada. El francés lleva también á los hispanoamericanos y españoles criollos esta superior ventaja. Y he ahí una de las causas ó razones esenciales porque las artes ni las letras florecen, ni prenden siquiera, entre los extranjeros consabidos, mientras que, hoy como ayer, entre nosotros prenden y florecen. Se diría que cuantos en el mundo colombino comparten con los hijos de la Península ibérica la propiedad del idioma castellano, se adaptan mejor á las propensiones menos ordinarias de la civilización; y en efecto, así acontece, por lo mismo que son mejorables, que son perfectibles, que son potencialmente capaces de verificar todo género de progreso; á diferencia del habitante de cualquier colonia inglesa, francesa, holandesa ó danesa, disparidad ó más bien fenómeno psicológico que tratamos de someter á un análisis prolijo. Tenemos muy presente que acerca de Inglaterra, pues que las otras naciones recién nombradas están en la imposibilidad de ofrecer algún ejemplo semejante, no se debe hablar como lo hacemos, sin detener la consideración en la gran república norteamericana, que basta y sobra para encarecer las aptitudes colonizadoras de su Madre Patria; pero tampoco se nos oculta que dicho pueblo, bien así como el Brasil respecto de Portugal, es pura y sencillamente una excepción, de que no se halla España desprovista, ni mucho menos, pues en concepto de tal puede presentarse bien á Méjico, bien á Chile, ó bien á la pujante Confederación Argentina. Por consiguiente, no nos fijaremos en excepciones de aquella categoría; pero sin renunciar





á examinarlas con despacio en otra parte de nuestra obra, toda vez que tienen ya en ella sus capítulos.

Nadie crea que intentamos omitir el hacer ver concretamente los puntos ó aspectos bajo los cuales resalta la excelencia de las colonias no españolas comparadas con los países que son y los que fueron una y otra cosa; pues convenimos desde luego en la verdad evidente de ser inferiores bajo el aspecto político los últimos á las primeras; mas esa inferioridad no es grande hasta el punto de que, relativamente al orden gubernamental, merezcan éstas la notade perfectas, según dan muchos á entender; porque, si bien se considera, entre gobiernos y gobiernos sólo hay la diferencia de ser los unos de raza española y ser los otros de ingleses, franceses, daneses y holandeses; de forma que, suprimido este accidente, la nacionalidad, todos los gobiernos coloniales son similares ó semejables con arreglo á las ocasiones. Los españoles han gobernado sus dependencias ultramarinas con el auxilio de una legislación especial; y no de distinto modo lo han hecho las otras naciones europeas, con la sola, digamos, con la única discrepancia, que todas ellas han podido tener á discreción el concurso de la fortuna, por haberles sido factible mantenerse, con intermitencias levísimas, en una situación legal indefinida, esto es, ni expansiva ni opresiva; en tanto que á España la suerte le ha sido siempre adversa, razón por la cual su gobierno se definió tirando hacia el despotismo, debido á exigencias de circunstancias no lugareñas ni tampoco inopinadas, sino adheridas á la índole del temperamento y al carácter moral de aquella nación, como achaque consubstancial con su íntima naturaleza, como fenómeno puramente idiosincrásico.

Por título ninguno dejaremos de reconocer, á



causa de su evidencia, la superioridad que al sistema colonial hispano llevan, en lo político, administrativo y económico, los sistemas similares extranjeros; pero justicia es echar de ver cómo se vuelve relativa con extremo esa superioridad, en no profesando uno la doctrina del positivismo, en no alucinándose uno, en vista de ventaja tal, hasta conceder preferencia exclusiva sobre los bienes, sobre las bellezas, del orden moral, á los rendimientos concretos del orden práctico, y de cuyo divorcio no siempre se alcanzan cumplidos resultados; antes bien dimanen de ahí dolencias harto crónicas y desastrosas, verdaderos morbos sociales, parecidos, en lo perseverantes, á las enfermedades endémicas. No se debe mirar indiferente ni complacientemente, como acostumbran muchos, los vicios groseros é inextirpables de que, bajo diversos respectos, adolecen y hacen gala los países americanos donde impera ó imperó el régimen colonial extranjero; porque semejantes defectos, observándolo bien, dejan muy atrás cuanto de admisible y plausible ofrece, ofreció y puede ofrecer á las colonias dicho régimen.

Cualquier sistema gubernamental es bueno y conveniente para un pueblo, más que á la luz de la ciencia ó de la natural razón sea detestable. con tanto que tal pueblo vincule todas sus aspiraciones en permanecer á la sombra de la situación de ahí resultante, sin desvivirse inquieto por el disfrute de una existencia más multiforme y explayada que la presente; y el gobierno más benigno destémplase tan pronto como el pueblo le pide ó exige más de lo que le da, ó á su juicio interesado puede darle. No hablamos aquí en el sentido de que sea el poder público señor, en vez de servidor de quien le ha instituido, la sociedad; que con arreglo á esta falsa doc-



trina entienden la misión del estado los enemigos de la soberanía popular. Entonces, cuando el gobernado se halla bien con el gobernante, cuando ningún mejoramiento apetece, cuando no se apasiona del progreso político y social, queriendo, á toda furia, lanzarse á la corriente de las ideas nuevas, que regeneran ó anegan á los pueblos; y sólo desea vivir, aunque sea estacionario é inerte, ¡ah! vive, seguramente, vive tranquilo, y hasta feliz, en su quietismo; porque lo agradable, lo satisfactorio, para quien manda, no es la simple obediencia, sino la mansedumbre de quien obedece, y no en balde afirmaba Cristo Jesús que los mansos poseerán la tierra. Mas si el gobernado piensa y obra de distinta suerte; si defrauda el querer, ahora implícito, ahora explícito, de quien gobierna, ó desgobierna (porque algunos hacen lo segundo creyendo concienzudamente realizar lo primero); si se trueca de manso en soberbio, de indiferente y remirado en antojadizo é intemperante, ¡adiós sosiego! ¡adiós felicidad! El gobernante no sin acerba desazón habría de ver tan díscolo procedimiento, contestando á la soberbia, los antojos y las intemperancias, con las medidas restrictivas, coercitivas y ferales que habitúa el despotismo á emplear en análogas ocasiones. Irlanda, la mísera Irlanda, pretende sustraerse de la dependencia forzada de Inglaterra, y vivir como señora de sí misma, en medio de las expansiones inefables del estado autonómico; es decir, aspira inflexible á más de cuanto le concede ó puede concederle su intrusa é inexorable dominadora; por cuya causa se ve á los excesos, á los horrores, de refinada tiranía doméstica entregado sin escrúpulo, al gobierno de la nación donde mayor ahinco se ha puesto en asegurar y perpetuar el ejercicio expedito, inalterado y concienzudo de los derechos individuales, y á la cabal adquisición de



aquella suma de orden y justicia capaz de hacer respetable, fuerte y grande á un pueblo. Las colonias españolas hubieron á ratos de ufanarse con el saboreamiento de un bienestar político nada inferior al de la posesión extranjera más privilegiada por esta parte. *Tiempo de la España boba*, dicen todavía los dominicanos á los últimos períodos de la época colonial; y el reinado de Fernando VII, angustioso para la Metrópoli, fué de omnímoda bonanza para sus dominios antillanos.

¿Porqué pudo ese intermitente bienestar desenvolverse? Pues porque los habitantes de aquellas colonias estaban á la sazón bien hallados con su medio social, sin que los preocupasen cuidados, sin que sintiesen la influencia de ideas é intereses diversos, en todo ni en parte, de los cuidados pedidos por su industria ó profesión, y de los intereses é ideas bien avenidos con el estado de su sociedad, con sus compromisos, obligaciones y deberes personales, con su Dios y con su Rey. Las renovaciones que siempre se producen con el tiempo en el modo de ser de las cosas, y en el modo de pensar y hasta de sentir de los hombres, no menos que los vastos horizontes abiertos á los humanos destinos por la Revolución Francesa, unido á eso que tanto distingue de los extranjeros consabidos á los hispanoamericanos, el deseo vehemente de mejorar; fueron previniendo á las nuevas generaciones, cómo debían, de conformidad con el espíritu del siglo, emprender la ruta de los adelantamientos políticos y sociales, exigiendo al gobierno colonial, francamente ó por la misma virtualidad de su desacuerdo latente con las instituciones arcaicas bajo que subsistían, lo bastante lo necesario, para seguir los vestigios de los pueblos más avanzados en cultura. Pero el gobierno colonial no había resuelto ni que-



ría vivir á la moderna, encariñado, como estaba con pertinacia, de aquel orden de cosas antiguo é incompatible con el estado presente de la sociedad política; y contrariado así por las tendencias nuevas del espíritu público, creyó poder reprimirlas declinando de su apacible actitud, en la violenta y agresiva de todo gobierno que apela, para robustecer su autoridad, á los recursos contraproducentes de la tiranía. De ahí, pues, nacieron los graves y perennes conflictos que, para la metrópoli española, iniciaron ó apresuraron la pérdida total de sus dependencias continentales.

Compuestos de otra masa los habitantes de las demás colonias americanas, no aspiran, en orden al progreso práctico, moral y político, ó más de lo que poseen. Justamente por este indiferentismo estúpido gozan del bienestar sedentario que los apologistas de las instituciones que le fomentan maravillan, sin estudio ni discernimiento alguno de la realidad, sin querer reparar en cuánto esa estación dista de amoldarse cumplidamente á los ideales y levantadas sollicitaciones del hombre, ni en cuánto, para constituirla, no han sufrido perjuicio el bienestar privado y la posibilidad de obtener progresos inmateriales, y aun materiales, proporcionados, siquiera en parte á la importancia, relativa con extremo, de aquella situación pública. Esas colonias pueden ser estimadas, si no cual miembros muertos del todo, cual miembros paralíticos de la humanidad. Yacen como aletargadas en medio de lo presente, y cuando han de dirigir á otro punto la vista, lejos de fijarla en lo porvenir, vuélvenla más bien hacia lo pasado. Empero, es para ver cómo se pondera de continuo en libros y periódicos el régimen de vida observado en esos países, cómo hispanoamericanos se hacen lenguas del gobierno colo-



nial inglés, verbigracia; y suspiran por uno idéntico; habiendo entre los mismos quienes, porque no le tienen, querrían residir de asiento en colonia inglesa; lo cual significa, ni más ni menos, que, con la condición de vivir á la inglesa, de poseer cuanto encierran aquellas de bueno en lo político y lo civil, adaptaríanse á cuanto de repugnante y perverso contienen; ó por mejor decir, avendríanse buenamente á que su personalidad moral sirviese de pasto á la degeneración, respirando en un ambiente social inmoto y enervante, donde no germinan en el corazón los sentimientos más nobles y delicados, ni las expansiones más inefables, ni los éxtasis más sublimes, hacen liga con el espíritu ni con el genio. Por ser inglés renunciar, aunque mentalmente, á ser iatino, y latino de hispana estirpe, ¡qué insensatez! y ¡qué despecho! cuando es gloria y honra serlo, siquiera no resultase de ahí otra ventaja positiva que la inherente, por modo exclusivo, á esta raza, dimanada de aquel don, de aquella especial capacidad para reconocer sus buenas cualidades intrínsecas, sin rehuir nunca la espontánea y sincera confesión de sus defectos; para notar á priori por virtud de cuál cosa supera, en la línea de lo generoso y lo grande, á las otras razas cultas, y en qué, desde un paralelo punto de vista, le llevan la supremacía esas mismas colectividades. Tal habrá, sin duda, que, leyendo lo anterior, objete que la cualidad de confesar los propios vicios es característica, no de una raza determinada, sino, como aneja de por sí á la condición humana, característica de todos los hombres. Y no deja de ser así, pero hasta cierto límite; porque nada lograría quien pusiera en práctica el intento de inculcar en un inglés, ya sea criollo, ya sea europeo, ignorante ó ilustrado, la convicción ó la simple creencia de que gentes hay



cuyos pechos dilátanse á impulsos de pasiones y sentimientos más tiernos, equitativos y honrados, que los sentimientos y pasiones de la gente anglosajona. Negaríalo á pie juntillo, y no por el prurito de negar, sino con el firme propósito de atribuir á la suya exclusivamente cuanto encierran de prestante las otras naciones; de suerte que, á su parecer, los hábitos groseros, las costumbres depravadas y la corrupción social, son algo así como plantas exóticas inaclimatables en ninguna tierra británica. Jamás publica un inglés sus faltas: ni le lastima el padecerlas, ni el haber incurrido en ellas le preocupa; pues en ningún tiempo se arrepiente de sus acciones pecaminosas, ni por su mala conducta se avergüenza. Sus escándalos caseros ó locales, frecuentes é ignominiosos hasta no más, quedan de ordinario en familia ó en oculto, porque acostumbra echarles tierra, huyendo de verlos llegar á oídos de los extraños; y si uno que otro día la publicidad esclarece alguno, se puede tener por infalible que semejante acaecimiento se refiere á causas imprevistas é independientes del deseo, la voluntad y el hábito de aquel pueblo. La nauseosa inmoralidad inglesa era, con relación á su aspecto aristocrático, desconocida del mundo, hasta que un diario de importancia juzgó favorable á los materiales intereses de su empresa ponerla de manifiesto, haciendo tiras el tupido velo bajo el cual se ocultaba. Es cierto que la hoja de que hablamos se publicaba dentro y no fuera de la nación; pero como este último caso parece oponerse á lo que asuso adelantamos, creemos que no excede los límites de lo posible atribuir la procedencia de semejante contradicción á la circunstancia prudencial de ser oriundo más ó menos remoto de otra tierra, el editor ó director del periódico aludido.



Cosas que los habitantes de países hispanos reputan por las más recibidas y naturales del mundo, las miran los de colonias inglesas como absurdas, desacatadoras y hasta imposibles. No hay quien á estos súbditos persuada que su buena, digna y virtuosa reina hubo, ya muy entrada en su viudez legal é irreprochable, de contraer matrimonio de la mano izquierda. Es inconcebible para ellos esta especie privada que, á juicio suyo, injuria la grave majestad de que su sencilla y estéril imaginación ve á tan excelente soberana rodeada; ni, en su sentir, merece Gladstone llamarse inglés leal y genuino, pues opinan que lo necesario para serlo en toda su plenitud y pureza, despojóselo al benemérito repúblico su cariño á Irlanda, y más que su cariño á Irlanda, su porfiada tenacidad en restituirle, hasta donde sea dable, cuanto le ha usurpado Inglaterra en orden á la propiedad territorial, y coronar la plausible cruzada reparadora con la concesión de un gobierno propio, semiautónomo, á esa Isla. Muy á la inversa conceptúan á Pí Margall sus conciudadanos de allende y aquende, los cuales no encuentran que, por perseguir objetivos adversos á la unidad de la patria común, decline ni un punto aquel estadista de su condición indisputable de bien intencionado español entre los españoles bien intencionados.

Los franceses corren parejas con los ingleses en eso de considerarse mejores que los demás hombres, si bien va notable diferencia de los unos á los otros, de Francia, pueblo generoso y abierto, á Inglaterra, pueblo egoísta y calculador, atributos comunes á los hijos de las dependencias coloniales de la última nación. El genio y, sobre todo, el temperamento de los naturales de la metrópoli trascienden grandemente á las colonias, máxime si





éstas son inglesas ó francesas, en cuyo caso comunicanse sin alteración alguna ulterior. No existe pueblo tan vehemente y extremado como el francés: allí los impulsos atractivos y repulsivos del ánimo ganan el máximun del exaltamiento, coartando su libertad de acción al raciocinio, en tal manera, que no se cometería paradoja con aseverar que donde los otros llevan el cerebro, lleva la gente francesa el corazón, y viceversa; ocurriendo en cada individuo, por esta inversión moral, cosa ó algo análogo á lo que pasa en el interior de los hogares cimentados en el desbarajuste, donde, para colmo de anarquía, el varón es la mujer y la hembra el hombre.

Harto adolecen de igual defecto los nativos de las colonias; más aún, los franceses de ultramar han heredado siempre los vicios de los europeos, sin hallarse á la vez adornados con ninguna de las dotes que, unidas á esos vicios, integran el carácter moral de dicho pueblo. Procede semejante anomalía de no pertenecer á la estirpe de las rázaz matrices la raza francesa. Llamamos razas matrices, á las colonizadoras ó conquistadoras capaces de difundir y conservar, sin alteración sensible, á través de las generaciones, de las asimilaciones y de los cruzamientos ó sin ellos, su índole, su personalidad, su aptitud, su idiosincrasia primitiva, en el punto donde llegan á establecerse y dominar. Partiendo de tal premisa, la inglesa y la española son razas matrices; no así las danesa, holandesa, francesa y portuguesa. Los ingleses no europeos parecen ingleses; los españoles no peninsulares parecen españoles; mas los daneses de las colonias parecen ingleses, y los holandeses y portugueses criollos parecen españoles. Los franceses coloniales á nadie se parecen.



Hasta media docena de personas hallábanse una vez arrellanadas en torno de una mesa; era la hora de la comida, y sólo se requería ver cómo masticaban y oír cómo departían y saber sobre cuál tema la conversación versaba, para inferir que los tertulianos debían de tener alguna dependencia francesa por patria. Y no de otro modo era, excluyendo á uno solo, el anfitrión, cuyos discretos modales y dignidad revelaban sin rodeo al español de buena crianza, lo cual no ha de hacer suponer, en nuestro sentir, que los demás circunstantes la recibieron mala. Decimos ahora español como solemos escribir hispanoamericano, apelativo ignorado del común de los ingleses y franceses, lo mismo europeos que nacidos en América, para quienes los habitantes naturales de países por España poblados somos á secas españoles: ¡tan imposible les ha sido siempre llamarnos con los genéricos nominativos de nuestras respectivas regiones autónomas! Un incidente sin monta para especificado ahora ni después, hizo caer la plática sobre idiomas; y como aquel caballero emitiera dictámen afirmativo de la incapacidad relativa de los franceses para conocer habla que no sea la suya, y encomiástico de la expedición genial de los alemanes para entender, ó si decirlo cabe, asimilarse cuantas les plazca; los convidados, que á la sazón saboreaban los postres con acompañamiento de zumaque muy ençabezado, encaráronse á una, presa de súbito enojo, con el preopinante, á quien, puestos de pies, atestaron de apóstrofes saturados de acrimonia, porque, según ellos, éste osaba ofenderles el patriotismo tratándolos de inferiores á los alemanes, á esos vándalos, expoliadores de los caudales y provincias de Francia humillada y vencida; todo esto, entre voces, gesticulaciones y ademanes tabernarios, sin que fueran bas-



tantes al apaciguamiento de ánimos tan cojijosos é iracundos, las razones explicativas dadas por aquel señor, cuando esos energúmenos le permitían hacerse oír. A malas penas pudo, finalmente, restablecer el orden, y librarse (lo que todavía era más grave) de dar cumplida satisfacción en singular combate al sentimiento patrio de los cinco.

Seguramente que algunos lectores calificarán cuanto llevamos escrito, de nimiedades indignas de atención, por parecerles que nada de substancial ó concreto aducen contra el evidente y, para ellos, insuperable mérito intrínseco de los sistemas coloniales extraños; pues á poner mientes en la creencia y los razonamientos de sus adversarios jurados, es el sistema español el más infeliz de todos, es lo absoluto en la maldad, y por lo tanto, no puede haber cosa más pésima. No intentaremos enmendarles la plana en esta materia, porque cuando intervienen las creencias pertinaces, religiosas ó políticas, tenemos para nosotros ser mejor mirarlas con respeto, no sea sino porque nunca fué posible convencer á quien no quiere convencerse. Y se formaría concepto injusto de nuestros principios, ideas y convicciones, creyéndonos partidarios profesos del régimen por España impuesto en sus antiguas y en sus actuales posesiones ultramarinas. Sin preferir ningún otro, porque bien nos patentizan de consuno nuestra observación y experiencia personales, que todo lo malo de los otros dimana justamente de su propia bondad. al revés del español, el cual, á vueltas de sus diferentes vicios externos, posee perfecciones internas numerosas, amén de absolutas; sin preferir ningún otro, decimos, le detestamos en cuanto es detestable, á saber, en punto á su organización política y administrativa, y le apreciamos y admiramos en su aspecto moral y social,



obedeciendo á las inspiraciones de nuestro sentido ético y estético, y á los móviles normales de nuestra recta conciencia.

Ni es esa organización tan aborrecible que no debamos circunscribir, en obsequio suyo, á límites razonables la manera nuestra de juzgarla, por cuanto entre lo que la presenta como digna de aversión sobresale siempre algo de aceptable y encomiable. Y pues acabamos de mencionar los dominios españoles, parécenos muy justo anotar que más allá de América fué la dominación española, y es, menos rígida de lo que ha sido y es, verbigracia, la dominación inglesa, la cual se ve á la continua en medio de obstáculos y conflictos locales por el despotismo y opresión de los que la representan, los cuales despotismo y opresión informan el carácter distintivo del gobierno inglés en Asia. Ninguno puede racionalmente poner en duda que aquellos países preferirían cualquier otro gobierno á ése que los avasalla y tiraniza, pues jamás se avendrían á consentir que resultar pudiese tan arbitrario, tan intruso, tan usurpador; y verdaderamente que razón de sobra tendrían para esta preferencia. Son harto excesivas las violencias, harto frecuentes las demasías, harto escandalosos los despojos, harto brutales los procedimientos, harto desencauzado el poder político, para que pueda, ni en algún tanto, amainar el odio inveterado sentido hacia sus advenedizos opresores por la totalidad de los habitantes de aquellos pueblos remotos.

Edificante y hasta regocijado habría de ser el espectáculo que originaran los encontrados sentimientos, ideas y convicciones de un indígena de las Antillas españolas y otro de las regiones asianas sometidas al yugo de Inglaterra, que discutiesen ó porfiasen sobre los defectos de sus respectivos go-



biernos. Entrambos á dos buscarían con empeño argumentos capaces de atestiguar cómo la índole del suyo era más perversa que la índole del otro; y, al cabo, la victoria se decidiría por el indio, á cuyos ojos el gobierno español sería el único apropiado á las necesidades ordinarias de la vida social, y á las múltiples aspiraciones y á los diversos ideales del hombre. Mas no por esta derrota modificaría el antillano su manera de pensar; antes bien aferraría más en su dictámen y convencimientos privados, porque según la exagerada exaltación adquirida por sus anhelos de mejor estar político, temerarios á tiempos, no bastarían en modo alguno á saciárselos cumplidamente, no diremos el decantado gobierno británico, pero ni siquiera un gobierno de ángeles. Sin embargo, esta intransigencia no es de suyo tan rebelde que cierre todo paso á la luz de la razón, no es tan obstinada que no ceda un tanto á los esclarecimientos de aquella natural antorcha, consintiendo en que algún destello encuentre fácil acceso hacia ella; lo cual no acontece sino en los intervalos lúcidos, es decir, cuando el espíritu experimenta esa serenidad y quietud tan adecuadas al discernimiento de las cosas; pero así que la realidad política, en alguno de sus pormenores ó en toda su entereza, punge las pasiones, suministrándoles pábulo sin duelo y manteniéndolas, por este suministro, en ebullición tan agitada que no pueden contenerse dentro de lo razonable y equitativo; entonces su modo de juzgar es irritante y bestial, á fuerza de ser irreflexivo y apasionado, pues al volver hacia otros países la consideración, esto es, hacia esos países favorecidos por la fuerza impulsiva de un progreso continuo y omnímodo, embebécese, como estúpido, en la contemplación de un estado de cosas inexistente allá en su tierra, estado



siempre locuaz para los sentidos, pero sin habla para el corazón; y no meditando sobre los errores al mismo anejos, ni sobre las irremediables perniciosas consecuencias morales que ocasiona, le codicia por encima de todas las cosas; porque ya nada de lo habido en el medio donde se ha formado es bueno ni sirve, aun cuando haya en efecto algo de cuya posesión individual ó colectiva pueda por modo legítimo engreirse; algo propio, privativo, de su patria; inexistente ni aclimatable fuera de allí; algo capaz de provocar la envidia y avidez forasteras; algo incapaz de no causar contento y dicha en otras partes, si en otras partes pudiesen alcanzarle y poseerle; algo, en resumen, tan sano y tan selecto como es menester para disimular toda falta ó ausencia de bienes, toda falta ó ausencia de progresos, toda falta ó ausencia de instituciones, cual los bienes adquiridos, los progresos verificados y las instituciones asentadas en sociedades diferentes de la nuestra.

---



## II.

### AL CÉSAR Y Á DIOS.

Eso de apetecer lo que no se tiene hasta el grado de sentirse con bastante ánimo para el menosprecio y abandono de las cosas de casa, inevitablemente arguye desigualdad en el carácter, es indicio inequívoco de intercadencia en la fe y las convicciones propias; volteriedades repugnantes á todo espíritu sistemático y reflexivo, como lo era uno de los dos interlocutores, suramericanos distinguidos y compatriotas, por más señas, que figuran en el diálogo siguiente, diálogo muy verídico, porque pasó en una isla inglesa pocos años hace, delante de quien esto escribe, cuya memoria le ha conservado en substancia, pero fielmente, á despecho del tiempo. Hablaban tocante á épocas coloniales, y, sin esperarlo, dijo uno al pronto, muy convencido:

—Somos empecatados.

—¿Quién? preguntó el otro.

—Nosotros . . . . .

—Culpa de los españoles: como hemos heredado sus prendas, también hemos heredado sus vicios.

—Eso equivale á ver la paja en el ojo ajeno. Nunca diré que no hayamos recibido la herencia en



la forma que Ud. manifiesta; pero en principio, pues poseemos dotes y defectos radicales no derivados de la Madre Patria, sino de la propia localidad nuestra: son ínsitos á nuestra naturaleza indiana, constituyen nuestra idiosincrasia regional; aunque, téngalo Ud. por fidedigno, en vez de haber desproporción entre las unas y los otros, de modo que fuese mayor la suma de las primeras que la de los últimos, resulta que aquéllas y éstos guardan recíprocamente perfecto equilibrio; en cuya virtud, tanto nos señalamos por nuestras prendas, como por nuestros vicios.

—Pero esos vicios ¿han influido, por ventura, en nuestros males presentes?

—Como Ud. no tiene idea; y si hubieran de influir más, ¡qué sería de nuestra sociedad!

—¿En nuestros males políticos?

—En nuestros males políticos y en nuestros males sociales, siquiera en los políticos no tanto como en los sociales.

—Pues yo niego rotundamente la existencia de vicios de tal naturaleza.

—Convenido; pero también negará rotundamente la existencia de tal naturaleza de prendas.

—Eso no.

—Eso sí; porque, de dos una, ó admite Ud. que hay perfecta identidad característica entre nosotros y los españoles, en cuyo caso hemos de ser tan buenos ó tan malos como ellos, de donde se deduce que no nos queda más recurso sino ser solidariamente con ellos responsables, ante la historia, de sus consuetudinarios desaciertos gubernativos y de los acérrimos infortunios políticos de la patria, dimanados de tales desaciertos; ó conviene á buenas en que la diferencia existe, y que si bajo ciertos respectos no nos aventajan en materia de achaques censura-





bles como los que nos afean; en desquite, no nos exceden ellos, ni van pie con pie con nosotros, en asunto de cualidades eximias como las que nos embellecen; y, por lo tanto, no compartimos con ellos la responsabilidad de los males consabidos.

—¡Oh! no se diga más. Opto sin vacilación por el extremo último de la disyuntiva. Pero ¿dónde, amigo mio, están esos achaques?

—¡Hola! ¿porqué no me interroga también acerca de las perfecciones? ¿ó es que tiene Ud. expeditos los ojos para ver nuestro lado bueno, mientras que lleva en ellos venda por no reparar en nuestro lado flaco?

—El amor que consagro á mi país ausente me lo impone, lo confieso; me lo impone sin que pueda yo eludirlo.

—Muy bien. Pues á mí no me nubla el juicio mi patriotismo, que amor no quita conocimiento; y, gracias á esta facultad ó dote íntima, puedo hacer de las cosas el aprecio merecido, sin sufrir ofuscamiento en pro ni en contra; siendo consecuencia inmediata de la misma lo que paso de viaje á externar en contestación á su reciente pregunta.

—Vamos allá.

—Los achaques aquellos están sobrado visibles, y tan graves son, y tan arraigados los tenemos, que bien cabe aseverar cómo sin nosotros sería nuestra patria, en lo moral, un paraíso.

—Perdido.

—Ganado.

—¿A quién?

—A la resistencia latente, pero porfiada, que ofrecemos á todo cuanto, restringiendo, si no extirpando, nuestros malos hábitos y nuestras condicionales ó acomodadizas repugnancias é intransigencias domésticas, hacer pueda efectivo y firme y



sempiterno el bienestar íntimo, es decir, la concordia sin hipocresías y el amor sin prevenciones, entre todos nuestros compatriotas.

—¿Nada más?

—Y, con especialidad, á nuestras costumbres nocivas.

—¡Oh! . . . . ¡es eso calumnioso, antipatriótico, indigno! ¡Es Ud. el primero á quien oigo en mi vida calificar de perjudiciales nuestras costumbres! ¡eso es inadmisibile, incierto!

—Parte Ud. muy de carrera, compañero; no he dicho nocivas costumbres, sino costumbres nocivas.

—Aun cuando crea Ud. que son determinadas, poco importa; en todas, dígalo bien, amigo, en todas resplandece la benignidad y la pureza. Sólo se necesita carecer de juicio sano para no verlo.

—¿Sí?

—Ya lo creo.

—Pues mire, paisano, tan benignas y puras son todas nuestras costumbres, y tan falto de sanidad está el juicio mio, que, sin haber de ser lince, cualquiera ve clara y distintamente, salvo Ud., cómo las tenemos muy perversas nosotros, y cómo, á causa de las mismas, ó por mejor decir, cómo, desde tal punto de vista comparados mutuamente, los españoles son mejores que nosotros.

—¡Oh, no!

—¡Oh, sí!

—Nunca.

—Siempre.

—Lo niego.

—Lo afirmo.

—Lo dudo.

—Lo pruebo... ¡Ay, amigo! nuestro hábito es ponzoñoso. Corrompe cuanto puede tocar. Somos perniciosos. Vea. Cuando un español asienta por



vez primera sus pies en nuestras playas, parece cordero. Es claro que la idea de probar fortuna en un país que ofrece tanto pábulo á la esperanza de adquirirla muy á sabor, le ha estimulado á dejar y aun abandonar el suyo, tan mezquino de medios propios para mejorar de suerte sin desalentadoras y, por lo común, estériles fatigas; pero su fisonomía está expresando, de todo artificio exenta, que la mansedumbre y la ingenuidad constituyen como el ambiente de aquella idea impulsiva, de aquel propósito preconcebido y legítimo, pues el hombre tiene, sin disputa, el derecho que llamaré ilegible, á lo menos en principio, de dirigirse á donde más le cuadre, que suyo es el mundo entero, con el designio, ya secundario, ya único, de vivir, trabajar y hacerse feliz enriqueciéndose. Sin embargo, no bien se pone con nosotros en contacto, le maleamos, infiltrándole al punto el virus de nuestras ponzoñosas miserias, y haciéndole perder la docilidad y el semicandor de que traía el alma revestida. Desde aquel instante fatal, vémosle divertirse, por obra nuestra, de la instintiva y recta noción que poseía en su patria con respecto á la dignidad humana. Era él á modo de dúctil materia susceptible de ser manejada en todo sentido, y que, á discreción de nosotros puesta enteramente, la manipulamos con arreglo á los aviesos dictados de nuestros escrúpulos y aberraciones. Mas con ser funesto semejante influjo, con ser deletéreo semejante contagio, no conseguimos avasallarle del todo á nuestros vicios, pues como que logra escaparse á ese influjo y á ese contagio en cuanto se relaciona con el indestructible ascendiente de la crianza ó educación nativa, la cual de continuo deja en su índole vestigios indelebles, revelados en esa independencia, ó más bien elevación, de carácter, que conserva siempre incólum-



me, no obstante la distancia que de la materna tierra le separa, y no embargante la triple acción combinada del tiempo, las circunstancias y costumbres forasteras.

—De ahí se infiere ser nuestro carácter incapaz de competir en alteza con el español, ¿no?

—En ese orden de ideas, sí, señor. Y pues toca este punto, en el cual no pensaba yo, ni por sombra, he de manifestarle, amigo, en puridad, cuán doble y chocante, cuán pigmeo y vicioso, es el nuestro. Por quítame allá esas pajas mudamos de principios, dictamen y manera de obrar, aunque abriguemos previamente la certidumbre de que, siguiendo distinto rumbo, adoptando contraria opinión ú observando diversa conducta, desmentimos nuestros flamantes precedentes gloriosos y decaemos, por manera vergonzosa, de nuestra perseverancia, nuestra entereza y nuestro civismo, digo, del concepto de firmes, probos y patriotas en que se dignaba tenernos el mundo; destruyendo así en un día la obra quizá de una centuria. Decimos amenuado lo que no sentimos, y sentimos lo contrario de lo que decimos, como si por los labios ó la pluma, y no por el pecho, fuera que sintiésemos. Creemos buenamente, ó así lo evidenciamos con la práctica constante, no haber estorbo alguno para conducirnos á la luz de una manera y á la sombra de otra, para proceder á las derechas en público y á tuertas en privado. Ninguna obra laudable ni de consecuencia emprendemos ó ejecutamos sin propósitos farisaicos, egoístas ó vinculados en la vanidad. Nada costoso es para nosotros decir ahora cesta y luego ballésta, esté ó no de por medio nuestra palabra empeñada, trátese de actos insignificantes ó trascendentales de la vida. Somos listos para las chocarrerías, el ridículo y las frivolidades; y pere-



zosos, ó más bien, negados, para el comedimiento y la formalidad; que somos originalísimos en esta línea. Con la misma ligereza que á una persona exaltamos ó ensalzamos por delante, lá deprimimos ó befamos por detrás; y así en su presencia como en su ausencia, desplegamos maquinalmente con esmero, á favor y en contra suya, toda nuestra duplicidad. *No hay amigo para amigo* entre nosotros; lo cual, unido á que, por instinto, solemos andar á vueltas con la discreción, la pudicicia y el deber, y á que lo sacamos todo á plaza, incluso cuanto, para nuestro bien ú honra, común ó particular, debe yacer debajo de siete llaves, viene á refundirse por sus pasos contados en que debiéramos vivir de continuo entre adversarios, porque nos pintamos solos para dos cosas.

—A ver.

--Para fomentar activa y perdurable malevolencia contra nosotros en aquellos á quienes seamos antipáticos, y para servir á contento los intereses de nuestros comunes enemigos.

—Sea, ¡oh Juvenal! Pero no negará Ud. que los españoles cojean del mismo pie.

—No.

—¿Cómo no? ¿así olvida Ud. haber expuesto lo contrario hace poco, refiriéndose al influjo y contagio de la supuesta pravedad de nosotros? ¡Hombre, no se contradiga!

--Ni expuse lo contrario, ni me contradigo; antes á la inversa, es Ud. que no hace memoria de lo dicho por mí, á saber: que, contra la tendencia de aquel influjo y aquel contagio, se mantiene independiente y digno el carácter español.

—¿Absolutamente?

—¡Oh! no hasta ese límite, ni mucho menos, por ser en fuerza del contraste local que tales cua-



lidades sobresalen; como lo comprueba la circunstancia de no ganar en otros puntos la prominencia que alcanzan entre nosotros.

—Se ha escapado Ud. por la tangente, amigo mio. Le pregunto acerca de si aquellas cualidades son absolutas, no con respecto á todos los hispanoamericanos, sino en lo concerniente á nosotros.

—¡Ah! No. Son ellas relativas.

—¡Lo ve Ud!... Eso interesaba yo saber.

—Pero, en cambio, debo decirle.

—Diga.

—Que nada tiene de sorprendente que dichas dotes se destaquen allí como se destacan, ni tampoco que obremos aquellos efectos parciales en el ánimo del español advenedizo; porque, á disgusto de todo, éste no hace sino acatar lo de «á la tierra que fueres, haz lo que vieres». Lo peregrino, y que redundaba en agravación cualitativa de nuestros resabios, es que nunca el amor propio nos haya movido á sacar provecho de lo mucho que aquel forastero nos enseña, mayormente con su ejemplo.

—¿Nos enseña? ¿con su ejemplo?

—Como acaba Ud. de oirlo.

—¿Y qué nos enseña con su ejemplo?

—A trabajar.

—Luego, no ya empecatados, sino también indolentes. Completos estamos. ¡Pues ahora llegó Ud. á donde iba!

—¡Ca! ¡Todavía!

—¡Qué! ¿pretende ir más lejos?

—Hasta disipar su extrañeza, probándole cómo no trabajamos, ni hemos trabajado nunca nosotros.

—En ese caso, ¿nunca hemos producido tampoco?



—Es lógico.

—Entonces, á verse llevado por fuerza, prefiera otro partido . . . . .

—¿Cuál?

—Vaya Ud. mismo de antemano . . . . .

—¿Pero á qué punto?

—Pues á un manicomio; porque desconocer que somos laboriosos, tras de ceguera indica locura.

—Ello . . . . . como no seamos laboriosos en potencia, nada veo de concreto ni de notable que nuestra laboriosidad abone; y, por lo mismo, le conjuro á que me lo demuestre.

—Que me place.

—Atento estoy.

—¿A quién ha debido su lujuriente prosperidad nuestro país y su proverbial opulencia nuestro pueblo, sino á los esfuerzos asiduos de todos nosotros? ¡Desmíentalo!

—¿De todos nosotros?

—Sí, señor.

—¡Calle, por delicadeza y dignidad! . . . . Sea discreto. ¿No le da rubor? Nunca toque semejante punto . . . . . Ni haga en esas palabras hincapié. ¡Qué parto de los montes! . . . . ¡De todos nosotros! . . . . ¡Cuánta usurpación! Oiga, y responda.

—Escucho; pregunte.

—¿Cuál es el origen del bienestar positivo de los pueblos?

—La riqueza pública y privada.

—¿Quién la engendra?

—El trabajo material.

—Bien. ¿Y cómo se manifiesta el trabajo material en las humanas sociedades?

—Bajo tres formas primordiales.

—Enumérelas.

—Agricultura, industria y comercio.



—El medio abarca los extremos . . . . . No importa.

—Eso me proponía yo advertirle.

—Corriente. Pues ¿sabe Ud. una cosa?

—¡Sé tantas! . . . . .

—¡Quién lo duda! Pero en medio de tantas, ¿no sabe Ud. una que yo sé?

—Ni por asomo.

—Pues sí, Ud. la sabe.

—Quizá.

—Empero, se la diré.

—Como guste.

—La floreciente agricultura de nuestra tierra es obra, óigalo bien, es obra exclusiva de ajeno sudor; y así la industria como el comercio nacieron en ella y han prosperado merced á la inteligencia, iniciativa y actividad de los peninsulares . . . . .

—Pero prescindiendo de lo útil y hasta de lo fundamental que haya podido serles, para ello, el contingente de tercero.

—Convenido.

—Verbigracia, el contingente inapreciable del sudor ajeno . . . . .

—Por supuesto.

—Del sudor ajeno á que Ud. se refirió antes.

—Sí, hombre.

—Por consiguiente, los peninsulares (porque ya Ud. arrinconó la voz *españoles*) se hallan en el mismo caso que nosotros, opine Ud. lo que opine.

—¡Tate! ¡cómo se ase Ud. de un cabello! ¡qué astuto!

—No me cuadra ese calificativo.

—Exceso de modestia.

—Ni exceso ni falta; lo que acabo de hacer es, lisa y llanamente, atacarle por el flanco.

—Sin fortuna.





—¡Me parece! Bien sabe Ud. que le opuse una verdad de tomo y lomo.

—De nada; porque, considérelolo como lo considere, los peninsulares, ó *españoles* (aunque tal nombre nos conviene), trabajan, en tanto que nosotros, según dije oportunamente . . . . .

—Somos holgazanes; no se detenga.

—Es Ud. quien lo afirma.

—Señor, repito lo que Ud. mismo asegura.

—Lejos de mí tal cosa.

—¿Implícitamente no?

—Ni categóricamente.

—¡Hombre!

—Y quise hacerle la misma observación cuando articuló la palabra *indolentes*.

—Entonces ¿qué se infiere de ahí? Porque quien no trabaja.....

—Se infiere, sin circunloquio, que quien no trabaja no ha de llamarse de juro á Dios indolente ni holgazán; porque puede ocurrir, como ha ocurrido con nosotros, que á virtud de un orgullo intransigente y nunca desprovisto de razón de ser, haya siempre rehuido con desprecio el trabajo considerado como mera expresión ó entidad mecánica, esto es, el trabajo plebeyo; bien que, á decir verdad, el trabajo, sea cual fuere su clase ó fisonomía, si voluntario, si no forzado, es santo, y como santo, dignifica y engrandece á la criatura humana, lejos de rebajarla. En consecuencia, como del trabajo emana la riqueza, por ser su base única, y de la riqueza, por idéntica razón, emanan los estados sucesivos que constituyen el poderío, esplendor y dicha de las sociedades; claro es que, no habiendo nosotros concurrido directa y personalmente á informar esos estados, lo que somos hoy y lo que fuimos ayer, en suma nuestro ser social, intelectual y



plutocrático, si puedo expresarme así, ha partido de labores y esfuerzos primordiales que no son nuestras propias labores ni nuestros propios esfuerzos. Por tanto, la patria nada nos debe desde tal punto de vista, pues en nada hemos puesto las manos, ni nada es obra inmediata de nuestra capacidad y nuestros brazos. No más hemos sido habilitados para convertirnos en fúcares. ¡Pero cómo!.....

—¿Cómo?

—Explotando á mansalva, cual otros zánganos, el fruto del trabajo ajeno.....

—En común con los peninsulares.

—¿Acaso digo lo contrario?

—¡Ea! lo sé bien. Es que voy cubriendo huecos.

—En balde, con todo.

—En lo que fuere.

—Y tan luego como sobrevino para nosotros la imposibilidad material de seguir beneficiando el precioso filón, nuestra fortuna hubo de irse mermando hasta dejarle franco el paso á la pobreza, la cual, degenerando en miseria, comienza hoy á cebarse de recio en nuestro pueblo, que no la conocía ni de oídas. Niéguelo basado en sólidas razones. Imposible, que no difícil, le sería..... ¿En qué quedamos?

—Pues hemos quedado en que no somos indolentes ni holgazanes.

—Otro era el sentido de mi pregunta, vaga como ahora echo de ver; pero es natural su respuesta. Pase.

—Pecamos de orgullosos no más.

—Exactamente. Pero el orgullo es la causa de nuestra desgracia, porque, á él mismo entregado, había de carecer, por necesidad forzosa, de virtud bastante á resguardar á más y mejor, contra las contingencias ó mudanzas de la vida, nuestros bie-



nes de fortuna y nuestras comodidades, manteniéndonos, por modo indefinido, en el disfrute sedentario de los unos y las otras. Lo bueno habría sido que le hubiese sobrado poder y eficacia, por lo menos para estorbar que otros pudieran encumbrarse á posición social ó aristocrática equivalente, y muchas veces, cuando no las más, superior, á la nuestra; pero lejos de haberlo impedido, lejos de habernos facilitado encastillarnos, de manera inexpugnable, sobre aquella eminencia, siempre dejó al ajeno arbitrio senderos amplios por donde no tan sólo fuésemos igualados, no tan sólo excedidos, sino también destronados.

—¿Por quién?

—Por esos otros á los cuales aludía.

--¿Y quienes son esos otros?

--Los peninsulares, digo, el español advenedizo, para distinguirle de mucha gente principal como vienen de allá uno y otro día, bien llamados por el inflexible deber, bien atraídos por la especiosa gloria; ó en servicio de su patria, ó más que corriendo tras el cebo de los bienes temporales, á cobrar prestigio y adquirir abundante copia de laureles inmarcesibles, cuando no de acerbos desengaños, en el ejercicio concienzudo y honrado de la profesión y de la inteligencia. ¡Español advenedizo! Bien parece aquél á nuestra genial é inerme altivez un hombre pusilánime y bajo, sin que sospechemos, ni á lo léjos, cómo este ser, en apariencia menospreciable, viene armado de plena confianza en sí mismo y de perseverante voluntad para luchar á brazo partido contra los obstáculos opuestos al intento que le anima de hacer, á fuerza de laboriosidad, su fortuna. Y lo consigue con frecuencia, defraudando nuestras insensatas prevenciones; en conocimiento de lo cual venimos de manera más directa y



abrumadora para nosotros, á tiempo que sus nuevas circunstancias personales nos persuaden, ó precisan de algún modo, á tratarle con respeto y distinción, considerarle como igual, llamarle, no sin énfasis, con el título de *don* antepuesto á su prenombre, recibirle sin reserva en nuestros círculos sociales, admitirle sin escrúpulo en el regazo de nuestra familia; y si no, á creernos honrados con ingresar en el seno de la suya, con asistir á las reuniones recreativas que celebra, con un saludo que nos haga, con una palabra que nos dirija, con un favor que nos dispense, con un servicio que nos preste; por remate, con cuanto de su mano, sus labios, su educación y su categoría llegue á salir en derechura de nosotros. ¿Y conoce Ud. por menor qué hizo para remontarse de su estado humilde á tan procera posición, para sobreponerse á nuestras preocupaciones y á las deficiencias de nuestra voluntad y nuestro espíritu hasta supeditarnos por completo, de manera que no pudiésemos restaurar sin el concurso extraordinario y exclusivo de inciertas eventualidades nuestra perdida preponderancia plutocrática y social? Pues hizo esto: una prolongada y rígida penitencia en homenaje de la felicidad. Entendió haber de ser la vida para él, dos, tres ó cuatro lustros de privaciones y penalidades provechosas disueltos en cuarenta, cincuenta ó más años de remunerador transmisible bienestar; y se dispuso, con ánimo determinado, á lo que llamaré vivir á derechas; porque contar con los mimos de la próspera fortuna en la mañana y aun en el mediodía de la existencia, y verla decrecer en medio de necesidades y estrecheces que acaban por hacerla extinguirse; ya exhausta de ventura, en esa noche pavorosa, la miseria, es vivir al revés. Redujo, pues, todas las potencias de su actividad á la consecución de aquel desiderátum, y



nada hubo de perdonar que le facilitase alcanzarle á su sabor. Aprovechó el tiempo; apreció el fruto de sus afanes reteniéndole ó economizándole con avaricia laudable, á proporción que le iba percibiendo; renunció temporalmente á las expansiones mundanales; hizo su cuerpo á las más rudas faenas, y su voluntad á la más escrupulosa templanza; recorrió todos los oficios caseros y privados; si no tenía sabido alguno, adquirió á paso de carga su perfecto aprendizaje: primero guió un carretón, luego condujo un carruaje, á poco dedicóse al famulicio y después ocupó una portería; cuándo sirvió de mandadero, cuándo de ambulante vendedor. A poder, en definitiva, de asiduidad, y ahorro, y parsimonia, transformóse de suso á yuso al cabo de años: antes tuvo carnicería, ya tiene hatos; de buscavidas se convirtió en propietario; de un puesto de víveres, frutas ó carbón pasó á una lujosa y rica tienda; era dueño de abacería y ahora dueño de almacén; adquirió de cocinero una hostería; levantóse hacendado habiéndose acostado labrador; se le vió de jornalero, se le vé de comerciante; ayer era dependiente y hoy es principal; fué mozo de café, cocina ó comedor, para venir á ser naviero; de ganapán ascendió á capitalista; llamábase obrero, y al presente llámase industrial; empezó gobernando un carromato y acabó por gobernar casa de banca. Por do quiera dilató su iniciativa y derramó su actividad; no hubo profesión que no ejerciese, negocio que no abrazase ni empresa que no acometiese ó realizara. Enriquecióse; pero (y, á mi ver, la circunstancia siguiente amplía con extremo la estimación intrínseca de su hermoso carácter) lejos de ser una carga para los recursos múltiples de la tierra por estrecharlos ó exprimirlos al hacerse de caudales, coadyuvó virtual y grandemente á centuplicarlos, enriqueciendo



en mucha parte á la república. De ahí había de supervenir, sin remedio, que recayeran en él todas las condiciones favorables y las diferentes preeminencias de que disfruta en el país con exclusión entera, ó más bien, relativa, de nosotros; de lo cual solemos lamentarnos amargamente con injusticia señalada, esto es, sin querer admitir que de nosotros y nadie más deberíamos querellarnos; pues, con efecto, ¿porqué no nos dedicamos á las faenas á que le vimos consagrarse desde luego? ¿porqué hicimos menosprecio de tan práctica enseñanza y tan relevante salvador ejemplo? ¡Ay! bien sé porqué, y Ud. también lo sabe. Siempre miramos con aversión esas ocupaciones plebeyas, persuadidos de que no podíamos, sin irrogar ofensa grave á nuestro decoro y dignidad, entregarnos á oficios y quehaceres que, de bajos, pareciánnos empachosos. Mas él osó nivelarse á tanta bajeza, conociendo cómo era ésta la bajeza de aquel creador en el cual reside nada menos que la gran virtud de hacer al hombre surgir de todos los estados miserables, independizándole, dignificándole y engrandeciéndole.

—¿Quién es ese creador?

—El trabajo.



### III.

#### «QUIEN LAS SIENTE SE CULPA.»

No paró ahí el coloquio, que nuestros reales personajes alargaron controvirtiendo animadamente acerca de los defectos políticos de sus conciudadanos, hasta convenir en que debían platicar también de las hermosas cualidades por aquéllos poseídas, lo que hicieron con sujeción á la imparcialidad más irreprochable, sobre todo por parte del protagonista; y pues esas cualidades, como atributivas de toda la gente hispanoamericana, forman el asunto principal de nuestra obra, no hemos querido inscribir toda la controversia, huyendo de reiterar impertinentemente lo ya por nosotros escrito respecto de la materia con extensión que cede bien poco, en verdad, á la de la obra misma. En síntesis apocadísima, por tratarse de meras particularidades y no de generalidades corrientes, hemos de contar, empero, los varios y nada insignificantes puntos que abarcó la discusión cuando hubo tomado carácter ostensiblemente político. Mejor fuera que dijésemos, en vez de puntos, verdades, porque lo eran, y muy mondas, y muy tempestivas, las censuras que á nuestra vista manaron entonces los labios de



quien, para nosotros, merece ser reputado por el más sesudo de aquellos dos amigos contendientes. Sí, que fuerza es callar, otorgando, cuando se habla socorrido por la eficacia de argumentos convincentes como los que adujo él, justificando de implícita manera el uso del término *empecatados* porque tuvo el diálogo principio.

Tal predominio tiene sobre los otros órdenes concretos de la vida humana el orden político, que, atentos los individuos, por una suerte de inalterable propensión cívica, no tanto tal vez como á su bien privado, al de la sociedad ó nación á quien pertenecen, fundan, siempre más interés en el goce de una libertad ilimitada, que no en prevenir arbitrios que faciliten, impidiendo, verbigracia, el conciliábulo de cosas tan terribles para la sociedad como la corrupción que se ceba en las costumbres, la miseria que se ceba en las familias y la inmoralidad que se ceba en la miseria, la posesión no interrumpida de cuantos bienes puedan componer la grandeza moral de un pueblo, y no el mero predicamento de una ni más instituciones jurídicas ó constitucionales muy enorgullecedoras. Esa grandeza reviste á veces importancia superior á la de todas las instituciones humanas, por ser prenda inequívoca de bienandanza y esplendor para quien ha menester de más cuidados y desvelos que los hombres de hoy, esto es, las generaciones venideras, á las cuales compete hacer efectiva la perpetuidad de la familia y de la patria.

Repútase universalmente fortuna de trascendencia vivir bajo un régimen político sustentado en la libertad y la justicia, no de otra suerte que se llama desventura grande verse sometido á la férula del gobierno que se goza en maltratar los derechos del hombre, cuyo ejercicio no debieran detener, en mo-





do alguno, resistencias venidas de quien está obligado legalmente á facilitarle y protegerle. Son éstas verdades axiomáticas. Mas en el caso postremo, exige la equidad examinar ó tener en buena cuenta el punto hasta dónde son causantes y culpables de sus propias desdichas los ciudadanos: esto sin hacer, ni de cerca ni á distancia, caudal del proloquio que reza cómo tiene cada pueblo el gobierno que merece, proloquio no muy feliz, que digamos, pues el pueblo, fuente perenne de todo derecho, y de todo poder, y de toda grandeza, vale más que los gobiernos, los cuales han de reunir en sí esta triple condición, ser buenos, buenos y buenos, para obtener la excelsa honra de que los llamen racionalmente dignos y merecedores de mandar sobre aquella persona inmensa, el pueblo. Los meridionales ó neolatinos mayormente, profesan la peregrina costumbre, no vista, por cierto, entre los septentrionales ó sajones, de andar mal avenidos con todos los gobiernos: á un rey prefieren un presidente, pero instituyen ahora la república para regresar después á la monarquía; de cuyo hecho se arrepienten á poco, derribando el trono nuevamente á fin de restablecer la democracia. Es verdad que nunca ofrecen con tamaños trastornos peligro de tanta gravedad, como cuando contraponen al poder personal simbolizado por el cetro, y al poder popular simbolizado por el gorro frigio, el demagógico poder vinculado en la comunidad revolucionaria; ó tan luego como proclaman —lo cual se da la mano con lo enormemente absurdo y monstruoso— la negación de todo poder no ya terreno, sino también celestial, y encaminan, impertérritos, sus punibles conatos á la entronización de aquel *nihil* caótico y tremendo bautizado con este horripilante sustantivo: anarquía. Si malos mal aparejadas los gobiernan, no se diga sino



que pondrán los mayores empeños en retirar de tales manos, con la violencia de las revoluciones, las mal llevadas riendas del estado; pero esta lucha, que podría traducirse como manifestación espontánea del más latiente acendrado civismo, es tan sólo hija del espíritu de intolerancia y contradicción que los anima, porque de manera similitudinaria proceden cuando á manos azezadas é impolutas está cometido el manejo de los patrios intereses; y así renuevan en la mente á cada paso el recuerdo de la historia, fidedigna ó romancesca, del rey que rabió. Los vasallos de tal rey debieron de ser ni más ni menos que gente idéntica en absoluto á esta neolatina, entre la cual sobresalen como más descontentadizos y turbulentos por propia naturaleza, los habitantes de América, la Española, sin omitir, por caso ninguno, á ésos de quienes hablaban nuestros interlocutores, el uno sincerándolos á toda costa, y el otro censurándoles agria y minuciosamente cuanto á su leal saber y entender había en ellos de diminuto y de vituperable, incluyendo en la cuenta ese pesimismo maquiavélico que á sus perniciosas sugerencias los esclaviza, cargándolos de impaciencias y desconfianzas que amortiguan, apagan, ó vedan previamente, la fe, si no en los destinos de la patria, en la consecución de soluciones patrióticas recabables á poder no más que de actividad, perseverancia, entereza y abnegación tenaces y generalizadas, porque de otra suerte no hay forma de alcanzarlas, siendo tan perezosa y renuente como es de su natío la política para eso de moverse á introducir reformas é innovaciones capaces de hacer á la cosa pública marchar por rumbos todavía no transitados; y forzándolos á vivir prevenidos inexorablemente contra las autoridades legítimas, á no estimar sino á las tinieblas de una crítica incisiva, sistemática y



despechada los actos de los funcionarios públicos, y á *obstruir* con demente alinco todo sendero conducente á la fruición de una paz moral perfecta y de un bienestar social duradero; paz y bienestar inasequibles de todo punto, como no se varíe de táctica y conducta, como no se dé oídos á los gritos desesperados é incesantes de las públicas necesidades y á las lamentaciones prolongadísimas de la patria, demandando aquéllas y ésta de consuno, y con encarecimiento, no desconcertar ni exasperar con esa sempiterna oposición, si formal, irritante, por temeraria é implacable, á los que corren con la dirección de los destinos patrios; sino avenirse de grado, por el amor del suelo nativo, á facilitarles discrecional y cotidianamente todo el concurso y ayuda que dar puedan derecho incontrovertible y eficaz á exigir de aquéllos, con resultado, una consagración enérgica é infatigable al fomento exclusivo y permanente del patrio bien. Pero no se amoldan á esa pauta; porque allá en las regiones de la fantasía, jamás hubo estadistas á ellos superiores: veces mil harían á la patria dichosa, como Dios hizo el mundo, por la eficacia de su palabra; mas ¡ay! en la realidad ¡qué colaboradores, por descontentadizos, por ingobernables, hallan en ellos de continuo la desmoralización y el retroceso! Luego, como detalle privado digno de particular referencia, viene la injusticia inveterada que les entenebrece la razón y la conciencia; injusticia enorme, á cuyo influjo mantiénense no más que abultando, á fuerza de clamores, alarmantes de puro hiperbólicos, las proporciones de sus *cuitas*, á veces reales, novelescas á veces; oyendo lo cual, el inexperto podría imaginarse que ven ellos en un medio social marroquí ó turco, y cuando no, que alguna nueva Irlanda ó Polonia es quien lanza tales alaridos.



¿Y qué piden? ¿Orden?

Pues la causa de que no le haya son ellos mismos, en gran medida, puesto que nunca se vieron espíritus y temperamentos más devotos del desorden que los suyos. Mayor aptitud revelan para el desarreglo que para la organización, para demoler que para edificar. Ni tiran más que á sobreponerse á cuanto exige subordinación respetuosa y espontánea, ya en las relaciones de la vida privada, ya **en** las comunicaciones de la vida colectiva; y así, precepto, reglamento, ley, todo lo infringen, desacatan y desvirtúan, abroquelados de la impunidad absoluta que siempre á sus múltiples transgresiones acompaña. Es cierto, sin embargo, que cuando se les echa en cara lo rebelde, lo indisciplinable, de su naturaleza, no dejan de reconocer sus propios defectos, y hasta se los reprochan ellos mismos, en virtud de la cualidad aquella, privativa del linaje latino, á la que hubimos ya de contraernos; pero lo confiesan ¡qué lástima! disculpándose con el sistema colonial, por no hacerse cuenta de que, aisladamente ó de comunidad, los hombres son lo que quieran ellos ser, pues no en vano se dicen dueños de su albedrío, á mayor abundamiento los latinos, señalados por más perfectibles en sí que ninguna otra raza humana. ¡El sistema colonial! Así suelen justificar sus íntimos defectos, echando al sistema colonial toda la culpa. El sistema colonial es el dedo enfermo, y ¡ay si hablaran las conciencias y los hechos! Entonces veríase lo contrario: son viciosos porque (dicen ellos) el sistema colonial es malo; pero la experiencia enseña que, las más veces, el sistema colonial es malo porque, á la verdad, ellos son peores.

¿Libertad?

Mal haya el hombre que á ella no aspire, siendo



así que la quieren y la buscan aun los mismos irracionales, menos dignos de fruirla que la humana criatura. ¿Menos dignos? Es inexacto; escribamos tan dignos, para ser razonables con respecto á seres que no tienden hacia ella por cálculo, sino por impulso interior espontáneo; no á fin de abusar de la misma, sino para gozarla de conformidad con las exigencias de sus naturales necesidades; en tanto que aquéllos ofrecen el raro fenómeno de pedirla sin sentirla, pues fuera de idea, principio y derecho, la libertad es sentimiento, mereciéndola comparativamente, más quien impelido de los movimientos de su corazón la persigue, que quien la solicita impulsado tan sólo por el raciocinio. También podemos considerarla, en cuanto á sus diversas formas ó manifestaciones, como virtual ó como activa, como adquirida ó como ingénita, como alcanzada con posterioridad á nuestro nacimiento y nuestra educación, ó como consuetudinaria ó de abolengo, es decir, consubstancial con nuestra naturaleza íntima, por el hecho de haber nosotros nacido con ella ó haber nacido ella con nosotros, recibiendo parte de su espíritu durante nuestra gestación—porque la libertad es transmisible por la sangre,—y parte durante nuestra crianza. En el segundo caso libres somos por completo; en el primero, serlo no nos es dable sino deficientemente, por cuya razón nuestro modo de pensar y nuestro modo de sentir respecto á las cosas y á las personas, tienen que diferenciarse bastante de las ideas y sentimientos de los que se hallan en el segundo.

En consecuencia, no se requiere vista lincea para cerciorarse de cuándo el anhelo de la libertad nace del corazón, y cuándo parte de la cabeza; cuándo es producto del instinto, y cuándo emanado del discurso; cuándo toma carácter de aspiración seria,



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

